

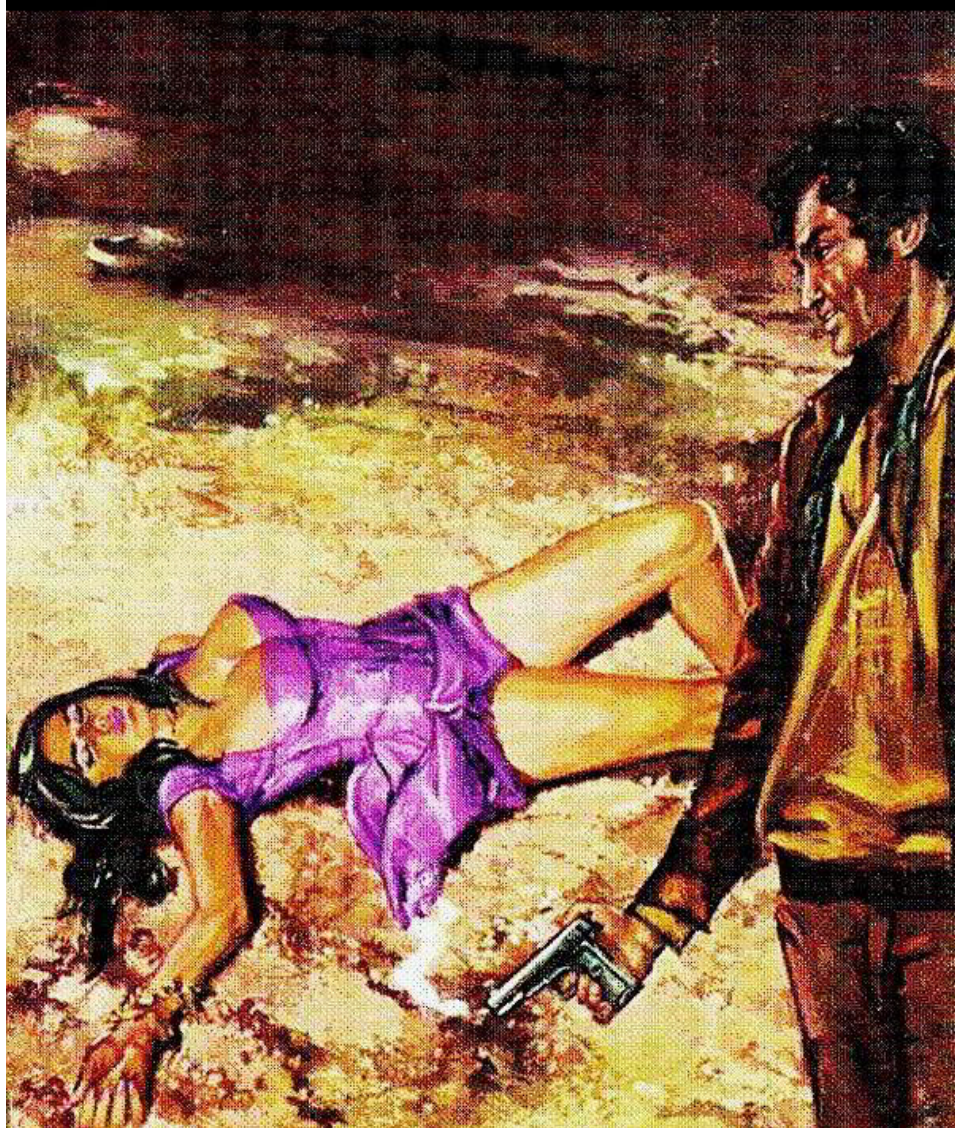
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CUANTO MAS MUERTA, MAS GUAPA

Albert Rosbund



Oh, amigo, cuánto me alegra haberle encontrado.

Me llamo Robert Malcolm. —Bob para los amiguetes— y cuento treinta años de edad. La imagen que el espejo da de mí es la de un tipo de un metro ochenta de estatura, setenta y cinco kilos de peso, una complexión que no está nada mal, y facciones de rasgos enérgicos.

Las mujeres dicen que estoy pasable, y los hombres que soy soportable.

Mi profesión es la de detective privado.



Albert Rosbund

Cuanto más muerta, más guapa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1417

ePub r1.0

Lds 18.11.18



Título original: *Cuanto más muerta, más guapa*

Albert Rosbund, 1977

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Oh, amigo, cuánto me alegra haberle encontrado.

Me llamo Robert Malcolm. —Bob para los amiguetes— y cuento treinta años de edad. La imagen que el espejo da de mí es la de un tipo de un metro ochenta de estatura, setenta y cinco kilos de peso, una complexión que no está nada mal, y facciones de rasgos enérgicos.

Las mujeres dicen que estoy pasable, y los hombres que soy soportable.

Mi profesión es la de detective privado.

(Apuesto a que usted ya lo había adivinado. Apúntese un tanto).

Yo, de chiquito, era muy aficionado a las novelas policíacas. Tanto, que llegué a crearme todas aquellas historias de detectives metidos en intrigantes aventuras, recibiendo y dando mamporros por doquier, rodeados siempre de hermosas mujeres... Así que cuando fui mayor de edad me saqué la licencia de investigador privado.

Ahora ya puedo hacer un pequeño balance sobre mi profesión. Llevo casi nueve años ejerciéndola. Y les puedo asegurar que en una sola cosa tenían razón aquellas historias: en los mamporros.

Me han dado por todos lados (sin malas interpretaciones, ¿eh?) y yo he dado por todos lados (cuidadito con lo que se piensa). En algunos momentos he llegado a la conclusión de que este rostro casi granítico se lo debo a mis enemigos. Vamos, a los adorables puños de mis enemigos.

Las intrigantes aventuras no han aparecido por ningún lado. Casi siempre han sido casos rutinarios. Desde la infidelidad conyugal

hasta la búsqueda del hijo fugado de casa, pasando por los clásicos matones extorsionistas. Pero eso sí, todo ello aderezado con golpes y más golpes porque a nadie le gusta que metan las narices en sus cosas. ¿Y sabe a qué es debido ello? A que nadie tiene la conciencia tranquila. Ni un modesto sacerdote de colegio religioso.

Y de las mujeres hermosas, nada de nada, hermano. Hoy día es difícil encontrar una tía cañón, usted lo sabe tan bien como yo. Pienso muy a menudo que si en la realidad existieran todas las mujeres fascinantes y pistonudas que se han descrito en las novelas, hace tiempo ya que todos los hombres formaríamos una manada incontrolada de locos.

Ha habido mujeres, claro que sí. Morenas, rubias y pelirrojas. Chicas monas, guapas, pero sin exagerar. Mujeres normalitas.

Y allí estaba yo, sentado en el sillón giratorio de mi despacho, matando el tiempo con un cigarrillo.

Mi despacho se encuentra situado en la esquina del cruce de Lincoln Avenue con South Grand Avenue, que son dos importantes arterias de la ciudad. Mi despacho es uno de los cientos que hay en el monumental Jerome Building, y mucho me temo que pasa bastante desapercibido. Si no, ¿cómo es posible que yo llevara dos días sin trabajo?

Pasaba las horas fumando, leyendo revistas y asomándome al ventanal para ver a los niños jugar en el Washington Park, que se encuentra justo enfrente. A veces, también observo a las mamás o a las institutrices que les acompañan, ¿para qué negarlo?, pero hasta ahora no he llamado la atención de ninguna, con toda seguridad porque mi cabeza debe parecer algo menos que una cereza asomada a este gigantesco edificio de cincuenta pisos. Yo tengo el despacho en el piso cuarenta y nueve.

Ah, no le he dicho aún que mi ciudad se llama Springfield y que es nada menos que la capital del estado de Illinois.

Springfield es una ciudad que me gusta. Sin mucho ruido, sin mucha contaminación, no tiene nada de urbe cosmopolita. Es una ciudad pequeña y bien planificada, donde uno aún se puede mover sin sufrir aglomeraciones. Cuenta con cien mil habitantes, recién nacido arriba, difunto abajo.

Como ya le he dicho antes, llevaba dos días sin trabajo. Nadie llamaba a la puerta de mi despacho. Nadie telefoneaba. El tedio era

casi insoportable. Es lo malo de este oficio.

Mientras consumía el cuarto cigarrillo de la mañana, pensé en la posibilidad de insertar un anuncio en el periódico local, a ver si alguien se enteraba, de una puñetera vez, que existe un tipo llamado Robert Malcolm, que se dedica a las investigaciones privadas.

Pero no me decidí del todo. Podía llevarme un gran chasco. Imagínese que después de aparecer durante una semana el anuncio, sigo sin trabajo. Sería un duro golpe a mi vanidad.

Di tres vueltas seguidas en mi sillón giratorio, que es una forma como otra cualquiera de matar treinta segundos más de existencia.

Agarré el auricular del teléfono y lo descolgué. Escuché. Diablos, pues la línea funcionaba. Colgué, pero continuó sin sonar.

Oí pasos en el pasillo de afuera, como a casi todas horas, pero nadie se detuvo ante mi hermosa puerta vidriera donde hice rotular mi nombre y mi profesión con enormes letras negras. Entonces pensé que al escoger el color de las letras, debí tener un presentimiento.

Pero no.

Esta vez me equivoqué.

Alguien «sí» se detuvo ante mi puerta vidriera.

Golpeó suavemente con los nudillos en ella.

—¡Adelante! —grité, todo ilusionado, tomando un bolígrafo y poniéndome a repasar unos viejos papeles que había sobre la mesa, para dar la impresión del hombre trabajador y ocupado.

La puerta se abrió muy lentamente y al fin entró en el despacho una hembra.

Yo, que miraba por encima de los papeles, me quede perplejo.

Boquiabierto.

(Apuesto a que usted ya piensa en la mujer hermosa, fascinante y pistonuda, que al fin ha ido a caer en mi honorable despacho. Pues lo siento: se equivoca de medio a medio. Quítese el tanto anterior). Se trataba de una viejecita.

Oiga, que sí, que usted no está mal de la vista, que ha leído bien: una viejecita.

Una cosa pequeñita y arrugadita, que se apoyaba en un fabuloso bastón de caoba, con empuñadura de marfil. Vestía ropas muy costosas y elegantes, y con sus pendientes y su sortija yo podría

haber pasado un mes de locura en las playas de Florida.

Le conté lo menos ochenta años de edad, y más pocas energías que el bolígrafo que se me acababa de escapar de entre los dedos.

Los dos nos quedamos mirando muy fijamente.

Yo me acordé entonces de Marina, una buena amiga, que se pirra por esta clase de viejecitas. Es una debilidad, casi me atrevería a decir innata en ella. Y el colmo llega cuando es capaz de dejarte plantado por uno de estos ejemplares.

La viejecita me observaba y me requeteobservaba con sus ojillos de ratita nerviosa. No pude adivinar qué demonios estaba pensando.

Lo que yo observé, a mi vez, es que detrás de ella se encontraba un fulano alto y muy moreno, vestido con el clásico uniforme de chófer, gorra de plato incluida. El hombre tenía cara de pocos amigos, y miraba hacia abajo, hacia la viejecita, como si ya estuviera de ella hasta las narices.

De pronto, a mí me cansó este estúpido juego desliendo y observación, y me puse en pie.

La viejecita abrió entonces sus ojillos al máximo, y me miró como si yo fuera

King-Kong.

Me aproximé a ella y le mostré la mejor de mis sonrisas.

La sonrisa ligacientes.

—¿Desea algo, señora? —le pregunté con la voz más culta y educada de todo el estado.

Ella me sonrió amigablemente. Las arrugas se le marcaron aún más en el rostro. Aquello pareció un mapa de carreteras.

Giró su cabecita, cubierta con mucho pelo postizo, seguro, y le dijo al uniformado:

—Espera fuera, Michel. Creo que ya he encontrado lo que buscaba.

Y de nuevo me miró con admiración.

Yo me quedé un poco escamado por estas palabras, la verdad. Hoy día uno no se puede fiar siquiera ni de las viejecitas insignificantes y simpáticas.

Cerré la puerta y la ayudé a llegar hasta una de las dos butacas que tengo ante la mesa escritorio. Tardamos un siglo porque daba pasos de media pulgada.

—Es usted muy amable, señor Malcolm —me dijo cuando ya por

fin tomó asiento.

Vaya, su vista todavía era buena. Había conseguido leer las letras de a dos palmos de mi puerta vidriera.

Tomé asiento en mi sillón giratorio. Ella colocó su bolsito sobre su regazo y apoyó el bastón en mi mesa. Yo le dije:

—Bien. Usted habla, señora...

—Leona Silverstein.

A punto estuve de echarme a reír. ¡Mira que llamarse Leona...!

Bueno, perdone usted, ya sé que reírse de las viejecitas no está muy bien visto. Pero no me ha de negar que la cosa tenía su gracia...

—Muy bien, señora Leona —me pasé una mano por delante de mis labios para disimular la sonrisa—. Dígame en qué puedo...

—Llámeme señora Silverstein, por favor —me rogó ella, con su voccecita salida de ultratumba.

—Oh, sí, como usted guste, señora Silverstein. Como le dec...

De repente, me detuve. «Silverstein», pensé. ¡Silverstein!

—Oiga, ¿no será usted, por casualidad, la dueña de las inmobiliarias Silverstein? —le pregunté tímidamente, con un extraño nudo en la garganta.

—Yo soy —me sonrió.

—Oh —sólo se me ocurrió decir.

Transcurrió medio minuto de silencio.

—¿Y... tiene algo que ver con la Banca Silverstein? —Volví a la carga.

—También es de mi propiedad.

—Oh —repetí estúpidamente.

Y a partir de aquel momento me quedé mudo de asombro por la presencia de tan importante personaje en mi cuchitril.

Transcurrió otro medio minuto de silencio.

Fue ella quien tuvo que reanudar la conversación, porque a mí me faltaban fuerzas.

—Supongo que será usted un buen detective privado, ¿verdad, señor Malcolm? No he podido recoger informes acerca de su persona.

—¿Qué? —balbuceé—. ¿Un buen dete...? Oh, sí, señora Silverstein —reaccioné—. Más que eso. El mejor. Ha ido usted a parar ante el más sagaz de los «pesquisas».

Aquella presa no se me escapaba.

—Cuánto me alegro.

—La alegría es mutua.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo, señora Silverstein. Nos hemos encontrado dos de las personas más importantes de la ciudad de Springfield. Usted, una importante mujer de negocios. Yo, un importante detective privado.

—Pues la verdad es que no tiene usted un despacho muy acorde con la fama que se echa —desparramó su mirada por mi cuchitril.

—Bueno, bueno. Lo que ocurre es que no me gusta hacer gastos superfluos. Lo esencial está aquí —me señalé con un dedo la cabeza.

Ella volvió a sonreír.

¿No le he dicho que era maravillosa?

—Desde esta mañana, muy temprano, Michael y yo estamos a la busca de un detective privado que se ajustara a lo que yo quiero. No hemos tenido suerte entre los más afamados de la ciudad.

—Señora Silverstein, por favor, que aquí estoy yo —protesté cariñosamente.

Pero ella no me hizo el menor caso, y siguió con su parrafada:

Unos eran mayores de cuarenta años y otros no daban el tipo, ¿sabe? Necesito un detective privado joven, con buena planta, viril, audaz, inteligente...

—Señora Silverstein —la interrumpí con toda la seriedad del mundo—, me está usted describiendo.

Me importaba un comino lo que fuera a proponer porque ya olía a pasta larga.

—Así que empezamos a visitar a los detectives privados de segunda fila —siguió ella diciendo, imperturbable. Yo le aguanté el insulto mostrándole mi dentadura, blanca como la empuñadura de su bastón—. Y parece que usted da las medidas.

—Se lo estaba diciendo, señora Silverstein. Dígame de qué se trata el asunto, y delo por hecho.

—En primer lugar, he de advertirle que hay que abandonar la ciudad. No sé si su trabajo se lo podrá permitir. Porque supongo que usted tendrá otros casos en cartera, ¿no?

—Oh, sí; infinidad —le mentí, sin ningún temor al octavo mandamiento—. Pero usted, señora Silverstein, pasa a ocupar

inmediatamente el primer lugar. Su caso tendrá preferencia.

—Es usted encantador, joven.

Sonreí halagado, y me dije: «Lo que hay que aguantar para ganar dinero».

—Y usted, toda una dama.

Esta frase la destrozó de emoción. La coloqué en su momento justo y con la entonación ideal. Tenía a la viejecita en el bolsillo, que es lo mismo que decir el asunto.

—Bien —agregué—. Usted dirá adonde tenemos que ir, señora Silverstein.

—¿Tenemos? —inquirió ella, sorprendida.

—¿No vamos a hacer un viaje juntos?

—No, no, señor Malcolm. Es usted sólo quien va a ir.

—¿Yo solo? —Mostré perplejidad. Bueno, se había ido al cuerno el «ligue» con la viejecita.

—Usted solo, sí.

—¿Adónde?

—A Chicago.

—¿A Chicago? —De nuevo me sorprendí.

—A Chicago, sí.

—Qué bien —dije por decir algo.

Imagino, señor Malcolm, que su licencia alcanzará para todo el estado.

—Sí, sí.

Y si no, igual se lo hubiera afirmado.

—Qué bien —me imitó ella.

La conversación me estaba empezando a cansar. Yo quería saber de los honorarios, del dinero...

Pero ella se adelantó a mis palabras, diciéndome:

—Se trata de mi nieta.

—¿Su nieta?

—Usted repite mucho, señor Malcolm —observó la vieja—. ¿Anda mal del oído?

—No, no, señora Silverstein.

Es cierto que padezco un poco de sordera en mi oído izquierdo, recuerdo de mis explosivos días en Vietnam, pero no se lo dije para no quedar eliminado de su búsqueda del detective privado ideal.

—¿Qué ocurre con su nieta? —pregunté al instante, desviando el

tema.

—Oh, verá... Mi nieta es una muchacha que se quedó huérfana muy joven. Entonces pasó a mi cuidado, pero en cuanto fue mayor de edad decidió independizarse. No quiso saber nada de mis negocios, que su padre había llevado en vida, y cogió sus pocos bártulos y se largó a Chicago, dispuesta a abrirse camino por sí sola. De esto hace ya cuatro años. Durante este tiempo nos hemos carteadado frecuentemente, también nos hemos telefoneado e incluso ella ha hecho varios viajes para visitarme. Nos llevamos muy bien, yo creo que gracias a que no he interferido en su vida. Ella siempre me ha ido contando sus progresos.

Posiblemente usted la conozca...

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ella trabaja en la cadena de televisión KMX. Es locutora de continuidad. Ahora, en la actualidad, es además la presentadora del famoso concurso: «¿Quién es el criminal?».

—¡Vilma Loy! —exclamé yo, asombrado.

—Bueno, ése es su nombre artístico, digamos. En realidad se llama Vilma Silverstein.

¡Qué sorpresa, diablo! ¡Vilma Loy, la sugestiva pelirroja de la KMX, que hacía caer la baba a miles de telespectadores, era la nieta de la viejecita que tenía ante mis ojos!

Vilma Loy. Eso sí que es un bombón, hermano. Luego le hablaré de ella.

—Vilma me ha escrito recientemente —continuó hablando la viejecita—. Me pedía diez mil dólares, cosa extraña en ella, que nunca quiso saber nada del dinero de la familia. Yo la llamé por teléfono rogándole que me dijera para qué quería ese dinero, ya que en la carta no me lo explicaba, y ella, al principio, no supo qué contestación darme, como si la hubiera cogido de sorpresa. Luego argumentó que le hacía mucha falta ese dinero, que era para el pago anticipado del nuevo apartamento... En fin, me di cuenta enseguida de que algo raro sucedía.

—Y usted quiere que yo vaya allí y averigüe qué le ocurre a su nieta —me adelanté yo.

—Exacto. Como usted comprenderá, señor Malcolm, no lo hago por el dinero. Diez mil dólares son apenas nada para mí. Es que tengo el presentimiento de que algo grave le sucede. Y por una vez,

voy a interferir en la vida de ella... valiéndome de usted.

La viejecita abrió su bolso y sacó un fajo de billetes, que dejó sobre la mesa. A mí se me salieron los ojos de las órbitas. ¡Nunca había visto tanto dinero junto! ¡Ah, miserable de mí!

—Aquí hay doce mil dólares, señor Malcolm —dijo ella, mientras yo seguía con la vista fija en los billetes—. Los diez mil de ella y dos mil para gastos de usted. No quiero que le falte nada.

Estuve a punto de lamerle una mano.

—Y si resuelve el caso satisfactoriamente, le haré entrega de cinco mil más —agregó.

Estuve a punto de lamerle la otra mano también.

—Desde luego, esos diez mil dólares no son para que se los entregue a mi nieta. Sólo en caso de que vea que es necesario. Por otro lado, no quiero que se identifique ante ella como detective privado, ni tampoco, por supuesto, como enviado mío.

—Comprendo, señora Silverstein —pude hablar al fin. Mi cerebro continuaba funcionando como una caja registradora. Marcaba los números, sonaba la campanilla y todo eso.

—Espero que no me defraude, señor Malcolm.

—Yo nunca defraudo, señora Silverstein. Y por cierto, ¿qué tiene que ver con todo esto la buena planta, la virilidad, etcétera, etcétera?

—Eso es lo que le hará llegar fácilmente hasta ella y ganar su confianza, para que se le confiese —sonrió pícaramente la viejecita—. Mi nieta, desde los dieciséis años, siente una especial debilidad por esa clase de hombres.

CAPÍTULO II

Por si no se lo he dicho antes, se lo digo ahora, aunque supongo que usted ya se habrá dado cuenta: yo soy un tipo con suerte.

Ahí es nada.

Doce mil dólares en el bolsillo, un viaje a Chicago con gastos pagados y una pelirroja matadora que caería a mis pies a las primeras de cambio.

Sí, señor. Ése soy yo: Robert Malcolm. Un tipo «suertudo».

Llegué a Chicago al anochecer, después de haber cubierto durante la tarde las ciento ochenta y nueve millas que hay desde Springfield. La misma National Interstate Highway número cincuenta y cinco me llevó hasta el centro de la ciudad.

Chicago es una gran ciudad, no sé si la segunda o la tercera de mi país, qué más da, pero lo que sí sé es que no es de mi gusto.

Demasiado grande, demasiado compacta, demasiado agobiante.

Hay industrias siderúrgicas para dar y contaminar, hay fábricas de material ferroviario como para convertir la ciudad en una estación, hay industrias alimentarias a montones, y numerosos muertos de hambre engrasan el Instituto Anatómico Forense, hay mataderos suficientes para atender a todos los que han convertido las grandes urbes en fríos monstruos deshumanizados, donde el hombre pierde toda su personalidad...

Yo había estado ya anteriormente en Chicago, en varias ocasiones. Pero nunca por motivos profesionales. A lo más que había llegado yo era a trabajar en Lincoln, capital del condado de Logan, lo que me obligó a sacarme una licencia válida para todo el estado, ya que la anterior sólo me servía para actuar dentro del condado de San Gamón, al que pertenece Springfield.

Como decía, yo ya había visitado Chicago y, por tanto, conocía

más o menos aquel maremágnum de calles y más calles.

Encontré un buen hotel en Warren Street, entre el Chicago Stadium, ahora como un gigante dormido, y Union Park. Un hotel que, según entiendo, iba en consonancia con el dinero que llevaba conmigo.

Aparqué el coche en el lugar destinado a ello y entré en el hotel acompañado de un servicial botones, que llevaba mi maleta. Firmé el libro de registro, sin siquiera preocuparme por el precio, tomé una habitación y en ella me hice servir la cena. Yo era, en aquellos momentos, todo un señor.

Ya ni me acordaba de un pobre diablo metido a detective privado, con un insignificante despacho en el Jerome Building de Springfield.

Le, daba la casualidad de que aquel fulano se llamaba como yo: Robert Malcolm.

Una casualidad. Sólo eso.

Mi habitación tenía una monumental cama, lavabo a todo tren, bar de primera, televisión a color con mando a distancia, alfombras, armarios... No era la *suite* presidencial, pero tampoco estaba mal, ¿verdad?

Después de la succulenta cena, saboreé un *whisky* mientras veía la pequeña pantalla.

Desgraciadamente, no había alcanzado el noticiario de las siete de la tarde, que era donde salía todos los días Vilma Loy. Ni tampoco aquel día era domingo —era miércoles—, el día del concurso.

Echaban una película rancia, de ésas de los años treinta, y yo me aburrí soberanamente.

Decidí entonces pasar a meditar acerca de lo que iba a hacer al día siguiente.

La viejecita había ideado, por su cuenta y riesgo, un plan de aproximación a su nieta, mediante un tipo viril y apuesto —servidor, claro—, el cual se metería rápidamente en el bolsillo a la moza, quien no tendría inconveniente alguno en confesarle todas sus penas..., entre ellas por qué necesitaba urgentemente diez mil dólares.

El plan, estudiado ahora, con el buche lleno y el *whisky* recorriéndome las venas, me pareció un poco infantil, pero ya saben

ustedes: el que paga, manda. Y yo, por siete mil dólares —dos mil de ahora y cinco mil de después— estaba dispuesto a seguir al pie de la letra las órdenes de la señora Silverstein.

La película de los años treinta terminó, y los colores volvieron a la pequeña pantalla. Yo seguí atento a ella por si en cualquier momento aparecía Vilma Loy anunciando un nuevo programa o dando por terminada la emisión.

También seguí pensando en el asunto que me había llevado allí.

Según los datos que me había suministrado la viejecita, Vilma vivía en un apartamento de la 63rd Street y su trabajo lo tenía en las afueras de la ciudad, en Joliet, que era donde se encontraban los estudios de la KWX.

Pensé que lo mejor sería levantarse pronto y situarme frente a su casa. Ya se presentaría la oportunidad.

No tracé ningún plan concreto para abordarla. Preferí dejarlo a la improvisación.

Al final se terminó la tele sin que apareciera la sugestiva pelirroja, pulsé el botón del mando a distancia para apagarla, y me quedé dormido como un tronco, sentado en la butaca. El cilíndrico vaso de *whisky* escapó de mis dedos y cayó sobre la alfombra, sin romperse. No me enteré.

Tampoco me enteré que no estaba durmiendo en la majestuosa cama que allí tenía.

Eso es lo que les ocurre a los pobres diablos que están acostumbrados a dormir en camas vulgares. Encuentran una confortable butaca y ya se creen en el séptimo cielo.

CAPÍTULO III

No le he hablado de mi coche.

Mi coche es una máquina como yo. Posee un estupendo motor y necesita alimento para moverse. Pero eso sí, no es inteligente, ni tiene alma, como nosotros, los humanos. ¡Viva la vanidad!

Le tengo mucho afecto porque lo compré con mis primeros ahorros.

Se trata de un «Pontiac» de hace algunos años, pero que se encuentra en perfecto estado. Lo he mimado mucho, como si fuera un hijo. Yo creo que me lo agradece. Nunca me ha gastado ninguna putada.

Con él me trasladé hasta donde vivía Vilma Loy. O Vilma Silverstein, como usted prefiera.

Todas las calles perpendiculares al lago Michigan están rotuladas con números. Nacen a orillas del lago, y son casi interminables. Algunas llegan a cruzar hasta tres condados. Por ejemplo la 91st Street atraviesa los de Cook (al que pertenece el Chicago propiamente dicho), Du Page y Will.

Pero el edificio de apartamentos donde vivía Vilma Loy se encontraba todavía en lo que se puede llamar núcleo central de la ciudad. Era una manzana de la 63rd Street que se hallaba entre Lindblom Park y Ogden Park, aproximadamente.

Llegué allí a las nueve de la mañana, después de haberme maldecido por no aprovechar la impresionan te cama, haber dado gracias porque no se hubiera roto el vaso, haberme aseado como un pimpollo y haber desayunado abundantemente.

Encontré un hueco para mi coche entre un «Cadillac» y un «Ford», casi enfrente del edificio, y yo permanecí en el interior.

Encendí un cigarrillo y comencé a observar la puerta de entrada

y salida del edificio. Lo más llamativo era el rótulo: «Morgan Apartments», que ocupaba casi un piso. Otro cartel contiguo, de menor tamaño, anunciaba que aún quedaban apartamentos por vender.

El conserje del edificio, un tipo pequeño y saltarín como una rana, embutido en un uniforme gris, de vez en cuando se asomaba a la calle para echar un garbeo.

Salieron y entraron media docena de personas. Nadie era la pelirroja. Yo terminé mi pitillo.

Llevaba conmigo una fotografía de Vilma Loy, que me había proporcionado la viejecita. La acepté principalmente porque no está nada mal llevar en la cartera el retrato de una tía buena, pero en realidad no me hacía ninguna falta porque yo la tenía muy fija en mi retina. La había admirado mucho en la tele, y hasta era capaz de acertar sus medidas, sin habérselas tomado aún.

Por otra parte, yo corría un riesgo: que ella ya se hubiera largado de su apartamento. Podía ir y preguntarle al esmirriado que hacía las veces de conserje, pero no quería llamar la atención.

Confiaba en mi buena estrella, porque, además: ¿conoce usted alguna chica que trabaje para la televisión que se levante antes de las nueve de la mañana?

Fumé un par de cigarrillos más, viendo pasar gente. Comencé a aburrirme, pero no a desesperar. Yo tengo una paciencia que tumba de espaldas.

Al fin salió ella, para no dejar en mal lugar mis deducciones.

Era pelirroja, eso ya lo sabe usted. Su cabellera de luego enmarcaba un rostro sensitivo, ovalado, con unos ojos rasgados, color aguamarina, una tina nariz, algo respingona, y una boquita deliciosa, muy roja y húmeda, en forma de corazón. (Todo esto lo sabía porque estaba harto de verla en la tele).

Pero además estaba su cuerpo. Bien proporcionado, escultural, con unos senos altos y pujantes, sin necesidad de artificio, una cintura delicada y unas caderas perfectamente moldeadas, adoptando la forma exacta de una ánfora clásica. Las piernas eran largas y excelentemente torneadas.

Se cubría con un jersey de entretiempo y una falda tubo, muy ceñida. Andaba sobre unos zapatos de tacón alto, ondulando sus caderas de una forma endiablada.

La dejé hacer.

Ella continuó andando por la 63 Road Street hacia el lago Michigan.

Como no le vi intención de tomar coche alguno, ya tuera el suyo propio o un taxi, salté de mi «Pontiac» y tui tras ella.

La pelirroja llamaba la atención de muchos transeúntes, pero continuaba imperturbable su camino. Por supuesto, no tenía ni la menor idea de que yo la seguía. Ni siquiera se le ocurrió una sola vez mirar hacia atrás.

Fue al llegar a la esquina con Loomis Street cuando ella disminuyó su paso y al fin se detuvo.

La vi introducirse en un edificio.

Aceleré.

Cuando llegué ante el edificio, ella ya había desaparecido, claro está.

Se trataba de una mole de treinta y tantos pisos, y a saber adónde iba, maldito fuera.

Entré decidido.

El conserje se hallaba sentado tras su largo mostrador de recepción.

En aquellos instantes mataba el tiempo con un cazamoscas.

Dejó de usar la paleta al verme.

—¿Diga, señor? —se ofreció, servicial, escondiendo la paleta y sonriendo.

Yo comencé a hacer mi número.

—Ve... verá, a... amigo... —Logré articular con dificultad—. Es que... es que estoy muy... muy emocionado... ¿Verdad... verdad que esa señorita que acaba de entrar era... era Vilma Loy..., la despam... panante Vilma Loy? —Y abrí unos ojos tan grandes como platos, como si hubiera visto a Dios con toda su corte de ángeles y santos.

—La misma, buen hombre —me sonrió aún más el conserje enemigo de las moscas.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamé, y no seguí para que no me confundiera con un marica.

—Está para producir el infarto, ¿verdad?

—¡No lo sabe usted bien!

—Además de tenerlo todo, y ser de magnífica calidad, lo tiene

estupendamente colocado, ¿eh? ¿Eh? —Me guiñó un ojo para hacerse más el gracioso.

Yo solté una risita nerviosa, de esas que identifican a los reprimidos.

—Quisiera... quisiera tomarle un autógrafo... —dije, vendo a lo que me importaba—. ¿Adónde ha ido?

—Ahora no la puede importunar, amigo —negó además con su cabezota el conserje—. Está en la peluquería. Viene una vez a la semana.

—¡Vaya!

—Pero si tiene tiempo, espérela. ¡Vale la pena, amigo!

—No es mala idea. Usted es genial.

El enemigo público número uno de las moscas se contoneó halagado.

—¿Acepta un cigarrillo?

Le ofrecí mi cajetilla con mano temblorosa.

Tardó en atrapar el pitillo porque yo jugué un rato con él, llevando mi mano de un lado a otro.

—Es... es la maldita emoción... —dije como disculpa, tomando yo un cigarrillo a la cuarta intentona.

Fui a ofrecerle lumbre con mi encendedor, pero él, muy sabiamente, se adelantó con el suyo. Posiblemente temiera que se nos hiciera la hora de almorzar, tratando de encender los cigarrillos.

—Bueno —dije—. Estaré por los alrededores vigilando. Gracias por todo.

—Gracias a usted, amigo —me mostró el pitillo.

Yo di media vuelta y salí de allí tambaleante. Antes de cruzar el umbral, oí el primer paletazo.

Ya en la calle, me dirigí hacia un kiosco que había en la misma Loomis Street. Desde allí se podía vigilar perfectamente la puerta del edificio donde se encontraba Vilma Loy, y mirando hacia el frente se adivinaba algo del verde de Ogden Park.

Compré el *Chicago Tribune*.

Una hora más tarde había terminado con varios cigarrillos y con el periódico. De Vilma Loy, ni el menor rastro.

Decidí comprar una revista.

Ella apareció cuando iba por la página treinta.

Le habían hecho un peinado de diosa, y ahora estaba mucho más incitante.

Un transeúnte tropezó con otro, al desviar la mirada hacia ella.

Una mujer gordinflona la miró con envidia y desprecio a la vez.

Me coloqué el periódico y la revista bajo el brazo, y fui tras ella.

La pelirroja desandaba el camino recorrido anteriormente.

Iba meditando cómo abordarla. La idea del autógrafo me parecía un tanto burda.

Le hablé antes de la improvisación, ¿verdad, hermano? Pues bien: tuve mi oportunidad.

De pronto se le dobló, de una forma extraña, una de sus extremidades inferiores.

La escultura de carne se vino abajo ante mis sorprendidos ojos.

Yo corrí el primero, porque era el que más atento seguía sus movimientos.

También fui el primero en llegar junto a ella, sentada en el suelo sobre sus nalgas, con un gracioso mohín de disgusto pintado en su bello rostro.

—Parece que tuvo un tropiezo, ¿eh? —Le sonreí amistosamente.

—Sólo me faltaba un gracioso —barbotó ella desabridamente.

Presentí que no había tenido un buen comienzo. Bueno, debía ser que aún no se había fijado detenidamente en mi buena planta.

—Deme una mano.

Le ofrecí la mía para ayudarla a levantarse.

—No me hace falta —rechazó ella mi ofrecimiento—. Puedo levantarme sola.

Algo marchaba mal. ¿No me había dicho la viejecita que su nieta tenía debilidad por los tipos como yo?

Se puso en pie ella sola, sí, señor, y ni siquiera me dejó que le cogiera el bolso del suelo. Lo hizo también ella.

Nos quedamos mirando muy fijamente, mientras a nuestro alrededor se habían detenido unos cuantos curiosos. De esos que salen a la calle a pasear porque no tienen nada que hacer, y de esas que andan buscando material para sus comadreo de escalera.

Yo le tomé de nuevo medidas, ahora con mucha mayor precisión, y aposté cien contra uno a que ella estaba haciendo lo mismo conmigo, y que enseguida me sonreiría y me ofrecería un brazo.

Menos mal que el contrario en la apuesta era yo también.

—Adiós, muy buenas, señor —me dijo, y de pronto echó a andar.

La vi alejarse cojeando, porque resulta que se había roto uno de los tacones.

Enseguida se detuvo. Con un gesto de fastidio, se quitó los dos zapatos y continuó caminando descalza Reaccioné.

La alcancé en breves segundos.

—¡Eh, espere! —le dije.

Ella se giró para mirarme mejor. Al reconocermela, me espetó:

—¿Se le olvidó algo, señor?

—Puede llamarme Robert. Es mi nombre.

—Tanto gusto. Adiós.

—Oiga, no sea así.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Qué me eche en sus brazos?

—Hum. No estaría mal.

—Usted es un caradura.

—Sólo pretendo ser simpático con usted.

—Le aseguro que hoy no es su día.

—¡Vaya chasco!

—Y ahora déjeme. Tengo prisa.

—La invito a almorzar. ¿Qué le parece?

—Lo siento. Tengo una cita en los estudios para ello. Y se me está haciendo tarde. Aún tengo que pasarme por casa para ponerme otros zapatos.

—¿Estudios? —pregunté, arqueando una ceja.

—Estudios de televisión —me aclaró ella.

—¡Oh! —Me quedé mirándola muy detenidamente—. Oiga, ya está.

Yo la conozco a usted.

—¿Ah, sí?

—¡Claro que sí! —exclamé, chasqueando dos dedos—. ¡Usted es Vilma Loy! ¡La locutora de la KMX! ¡La presentadora del concurso «¿Quién es el criminal?»!

Ella sonrió por primera vez.

—Exacto, ésa soy yo.

La exaltación de la vanidad es un arma que no falla con el género humano.

—Ahora que la puedo admirar en cuerpo presente, le puedo decir que es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Ella sonrió por segunda vez.

—Gracias.

Y la exaltación de la belleza en una mujer, tampoco. Aprende, hermano.

—Bueno, si tiene comprometido el almuerzo, apuesto a que no la cena.

—Pues...

—No valen tantas excusas.

—Está bien. Cenaremos juntos.

—Así me gusta.

La cosa marchaba.

—¿Dónde vive usted? —le pregunté a continuación.

—En la manzana que viene, en los Apartamentos Morgan.

—Estupendo. ¿Le parece bien a las ocho en la puerta?

—De acuerdo. Pero si me retraso, no se desespere.

No se preocupe. Tengo una santa paciencia.

—Con la tele nunca se sabe. Lógicamente, a esa hora va habré terminado.

—Me traeré una silla, por si acaso.

Esta vez, ella me obsequió con una breve risita de sonidos celestiales.

Yo ya me vela esa misma noche en el confesionario de su cama, oyéndola contar todas sus penas.

—A las ocho, ¿eh? —Remaché.

—A las ocho, sí —asintió ella.

La pelirroja dio media vuelta.

—¡Eh! —le llamé la atención.

—¿Sí? —Se volvió ella.

—¿Quiere que la lleve en volandas hasta su casa? Se va a poner los pies perdidos.

—Oh, no hace falta. Gracias. Es usted muy amable.

—Se hace lo que se puede.

Me quedé con las ganas de tomarla entre mis brazos.

—Hasta la noche, Robert —me llamó por primera vez por mi nombre.

—Hasta la noche, Vilma.

¡Amigo, qué noche me esperaba!

CAPÍTULO IV

Entretuve la tarde visitando algunos puntos de la ciudad. Recorrí la Skyline, me asombré con las Torres de la Marina y puse los pies en el Field Museum y en el Adler Planetarium.

A las ocho en punto estaba de nuevo en los Apartamentos Morgan.

Ella no fue puntual, pero tampoco tuve que esperar mucho.

—Hola.

—Hola.

Éste fue nuestro saludo.

—¿Conoces un buen sitio para cenar? —Me tomé la libertad de tutearla—. La verdad es que yo no soy de aquí, de Chicago.

—Vaya sorpresa.

No quería mentirle en este aspecto porque conocía mis limitaciones respecto a la ciudad, y ella, que debía ser una buena conocedora del lugar, podría cogerme in fraganti en muchas cosas.

—¿Y de dónde eres? —aceptó el tuteo.

—De Lincoln, en el condado de Logan.

En esto tenía que mentirle a la fuerza porque pronunciar la palabra Springfield sería ponerla en estado de alerta. Yo conocía muy bien Lincoln, donde durante un tiempo estuve haciendo un importante trabajo, según creo haber dicho ya.

—Yo soy de Springfield, la capital del estado —me dijo ella.

—Ah, muy bien.

Vilma escogió un elegante restaurante que había frente al Kennedy-King College, cerca del cruce de la Chicago Skyway y la Dan Ryan Expressway.

Tomamos asiento y nos entregaron la carta. Durante un rato permanecimos en silencio, estudiando los platos. Yo, de vez en

cuando, la observaba por encima de la carta. Diablo, cómo estaba.

Hicimos nuestros pedidos al camarero. Mientras nos los traían, yo empecé la conversación de nuevo:

Apuesto a que estarás muy bien considerada dentro de la KMX.

Eres una de sus estrellas.

—Bueno, bueno. No tanto.

—Todo el mundo pone esa cadena, por verte.

Ella bebió un sorbito del vino que nos habían servido ya.

—¿Estás contenta con tu trabajo?

—Mucho.

—Es bueno trabajar en lo que a uno le gusta.

—Es una forma de hacer que el trabajo no se convierta en trabajo. ¿Y tú qué haces?

—Yo soy representante, sí.

—¿Representante? —Ella pareció asombrada.

Creo que en esos momentos se arrepintió de haberme traído a un restaurante tan caro.

—Viajante de una firma comercial de aquí, de Chicago. Tengo a mi cargo los condados de Logan y de Wilt. No me va mal del todo. Ahora estoy pasando unos días aquí, celebrando unas reuniones de trabajo con los máximos gerifaltes de la casa. También quiero ver si consigo que me aumenten un poco las comisiones.

¿A que esto de mentir lo hago de rechupete, verdad, hermano?

Ella me escuchaba atentamente. Yo continué diciendo:

—Si lo consigo, tal vez pueda aspirar a tener un pisito propio. Estoy harto de vivir en sitios alquilados.

—¿Por qué?

—No me gusta. Estás sujeto al dueño. No puedes hacer casi nada sin consultarle antes a él.

—Ya.

—¿Tu apartamento es alquilado?

—No, no. Es mío.

—Oh, eso está muy bien. ¿Lo tienes hace mucho tiempo?

—Tres años. Pagué una entrada, y el resto a plazos. Hace dos meses terminé de pagarlo.

—Vaya, vaya. ¿Estás contenta con él?

—Sí, mucho.

—Espero algún día poder decirte lo mismo.

—Seguro que sí. ¿Por qué no?

Y ella, dejándose llevar por su instinto maternal colocó una de sus manitas sobre la mía, para insuflarme apoyo moral.

Yo sentí que mi sangre se volvía loca dentro de mis venas. Deseé atrapar aquella suave manita de terciopelo, tirar de ella y comerme a la pelirroja toda cruda.

El chalado del camarero vino a romper tan paradisíaco momento, trayendo los platos.

Ella alejó su manita de la mía, y se dispuso a comer. Yo también.

Y mientras lo hacía, no dejaba de pensar en lo que habíamos hablado. Desde luego, estaba ya convencido de que la pelirroja le había soltado a su abuela una bola tan grande y oronda como este perro mundo. El dinero no lo necesitaba para un nuevo apartamento porque estaba muy contenta con el que tenía, y que además acababa de pasar a ser propiedad exclusivamente suya, hacía dos meses. Tampoco cabía la posibilidad, por otro lado, que el dinero lo quisiera para pagar los últimos plazos.

Así estaban las cosas cuando terminamos de cenar. Apenas habíamos cruzado palabra durante la comida.

Pedimos café cuando el camarero vino a retirar los últimos platos.

—Imagino que no estarás comprometida —dije para iniciar de nuevo la conversación.

—Soy enteramente libre.

—Entonces me gustaría que nos viéramos otro día. Por ejemplo, mañana.

—No vayas tan aprisa —rió.

—No tengo mucho tiempo. Pronto regresaré a Lincoln. Me gustaría conocerte mejor.

—Oye —me dijo, como si hubiera tenido una gran inspiración.

—¿Sí?

—¿Te gustaría venir mañana por la mañana a los estudios de la KMX?

Y al hacerme la pregunta, de nuevo colocó una manita aterciopelada sobre la mía.

Otra vez la sangre de mi cuerpo comenzó a correr, tumultuosa, y creo que mi temperatura subió unos cuantos grados.

—¡Por supuesto que sí! —exclamé yo, la mar de satisfecha,

entrelazando con mis dedos los suyos.

—A partir de mañana, tengo que ir todas las mañanas para preparar el guión del concurso del domingo.

—Ah.

Yo estrujé su manita.

—Los jueves, viernes y sábados por la mañana, discutimos y estudiamos el guión del concurso del domingo —me siguió explicando ella.

—Estoy seguro que me gustará conocer aquel ambiente, Vilma. Nunca he estado en unos estudios de televisión. Me gustará, sí.

El estúpido del camarero surgió de repente, trayendo las tacitas de café. La manita de ella desapareció entre la mía.

Bebimos la infusión en silencio, pagué la monumental cuenta — ¡viva el dinero de la acaudalada señora Leona Silverstein!— y salimos a la calle, después de haberle dedicado yo al camarero, cuando esperaba la propina, una sonrisa de perro rabioso.

Caminamos sumergidos en la oscura noche de Chicago, charlando de cosas intrascendentes. Ella me contó de su infancia en Springfield, y yo de la mía en Lincoln. Menos mal que habíamos pertenecido a distintos niveles sociales y, por tanto, nuestras vidas no se habían cruzado, a esa edad.

Al final llegamos hasta la puerta de los Apartamentos Morgan.

—Nena... —susurré yo, inspirando mucho aire, pero ella no me dejó continuar.

—Me olvidé indicarte que los estudios de la KMX no se encuentran en Chicago, sino en Joliet, en Broadway. Los encontrarás sin ninguna dificultad. Creo que a las doce ya habré terminado. ¿Te parece bien a esa hora? —Me miró muy fijamente con sus preciosos ojos, protegidos por largas y rizosas pestañas, y yo estuve a punto de derretirme.

Asentí.

—Almorzaremos allí, ¿eh? —agregó.

La vi feliz, contenta. Llegué a la conclusión de que su abuela no se había equivocado al elegirme. La cosa iba ya viento en popa, según mi entender.

De nuevo asentí. E hice algo más: la abarqué por la cintura y la atraje hacia mí.

Ella se dejó hacer y yo fui a besarla. Sus labios entreabiertos y

pulposos eran toda una tentación.

Éste era, hermano, el comienzo de cosas mayores que yo escalaría esa misma noche.

Mis labios fueron a aprisionar los suyos, y justo entonces sonó a mi espalda una inconfundible y maldita voz de matón:

—Buenas noches, palomos.

CAPÍTULO V

Ella se desprendió de mí, y yo maldije mi perra suerte.

Giré sobre mis talones para encararme al tipo que se había atrevido a interrumpir tan idílico instante.

Era un matón, como ya había adivinado por su voz. Alto, corpulento, escaso cabello y facciones bastante desagradables, feroces diría yo. Vestía una indumentaria barata, vulgar.

—¿Qué quiere? —le pregunté, dándome cuenta de que en aquellos momentos no pasaba nadie por la calle, y que si había jaleo me las tendría que ver yo solito con aquel gigante.

—Deseo echar una breve parrafada con la muñeca pelirroja, amigo —dijo, señalándola con un dedo que más bien parecía un palo de béisbol.

Yo miré hacia ella. La vi pálida.

—¿Le conoces, Vilma?

—No —articuló casi ininteligiblemente.

—Ya lo oyó —me dirigí al matón—. Ella no tiene el gusto de conocerle.

—Oh, sí. Y sería mucho mejor para su salud y su belleza que no tuviera que conocerme —sonrió.

—¡Eso es una amenaza! —protesté yo.

A la vez sentí cómo ella se cogió, muy temerosa, a uno de mis brazos.

Su cuerpo casi se pegó al mío.

—Es usted muy listo —me replicó el matón.

—¡Vamos, lárguese! ¡No queremos nada con usted!

—Antes he de darle a la muñeca pelirroja el recado que me ha traído hasta aquí. Por cierto, me he pasado más de media hora esperando, y eso no me ha hecho ninguna gracia.

—Ésos son los riesgos de no solicitar hora con antelación.

—Además de listo, chistoso.

—Así me parieron, qué se le va a hacer.

Escucha, encanto —se dirigió a la asustada Vilma, que se protegía tras mi cuerpo—. Me ha enviado quien tú ya sabes para decirte que, si no cumples con lo solicitado, a partir de ahora yo te lo iré recordando día a día, y no precisamente con buenas palabras, como en estos momentos.

El matón, sin dejar de sonreír, dio un par de pasos hacia nosotros.

Agregó:

—¿Oíste bien, muñeca?

Y alargó una de sus manazas, pellizcando una de las mejillas de Vilma.

Ella lanzó un ahogado grito.

Yo me vi en la necesidad de intervenir.

—¡No la toque con sus sucias manos! —le espeté, propinándole un empujón que apenas le movió del sitio.

Al tipo no le gustó mi forma de comportarme. Y de pronto, me encontré con un demoledor puño que avanzaba a velocidad supersónica hacia mi rostro.

Vilma se había apartado ya de mí, muy prudentemente. Yo ladeé la cabeza para esquivar el golpe, pero el puño aún encontró mi oreja, y me la convirtió en una brasa.

En fin, amigo, así empiezan las peleas estúpidas. Uno va con una chica, otro se mete con ella, uno replica y...

El segundo puñetazo sí que me alcanzó de lleno. Lo recibí en el estómago, me dobló a causa del lacerante dolor que me invadió, oí otro grito ahogado de Vilma, y luego un martillo pilón estalló en mi barbilla, con la furia de cien Hércules.

Usted se dirá: pero ¿este tipo no piensa hacer nada? ¡Menudo detective privado de pacotilla!

Bueno amigo, hay que tener en cuenta que yo soy simplemente un tipo de carne y hueso. Y lo que tenía enfrente era una mole de cemento animada, soltando mandobles como los chicos del Ejército de Salvación sueltan octavillas. Por otro lado, ya le avisé al principio que en mi carrera profesional sólo había conseguido una cosa, aparte de unos modestos ahorrillos: mamporros.

Y ahora, en estos instantes, estaba recibiendo la ración de la semana.

El matón, en el fondo, era un buen chico, y cuando yo quedé de rodillas en el suelo, boqueando como un idiota, tuvo piedad de mí y dejó de largarme puñetazos.

Mientras yo me colocaba la mandíbula en su sitio, él se dirigió a la atemorizada pelirroja:

Ya lo sabes, muñeca. O cumpleaños o...

Creo que me señaló con uno de sus palos de béisbol.

Vilma se acercó a mí casi sollozando.

—Bien —exclamó el matón, golpeando con un puño la palma de la otra mano—. Ahí os quedáis, palomos. Espero que nunca olvidéis al bueno de Buddy.

Eso es lo único que conseguí: saber su nombre. Buddy. Un gigantesco bastardo llamado Buddy. Algo era algo. Tal vez nos volviéramos a encontrar.

Vilma se arrodilló junto a mí. Fue a tomar mi rostro entre sus manos, pero yo me vi en la obligación de echar a correr.

En el más cercano árbol vomité una succulenta cena de veinte dólares.

Cuando volví junto a ella, ya no hizo intención de tomar mi rostro entre sus manos, y yo lo lamenté, porque me hubiera venido muy bien una caricia femenina.

—Lo siento, Robert —me dijo con voz muy apagada.

Más lo sentía yo, que había recibido los golpes. La miré, un poco aturdido.

—No es nada, preciosa.

Aquella frase me quedó muy bien. Como los duros de las películas.

—¿Vendrás... vendrás mañana? —me preguntó.

—Sí.

Por supuesto que iba a ir. Tenía que sonsacarle de qué trataba todo el condenado asunto del matón Buddy. Ahí podía estar la clave de los diez mil dólares.

—Nos veremos allí, Robert.

—Sí —repetí yo mecánicamente.

—Supongo que ya te encuentras mejor...

—Sí —no sabía decir otra cosa.

—Hasta mañana, entonces.

—Adiós —dije yo, tan defraudado como un tipo que juega un millón de dólares al rojo en la ruleta, y le sale negro.

Ella se volvió en el último instante, antes de desaparecer de mi vista.

—Se me olvidaba darte las gracias...

Y entonces tomó mi maltrecho rostro entre sus manos, y depositó un suave beso en mis labios. Aquello fue un anticipo del ciclo, y creo que al instante recuperé todas las energías perdidas. Fui a atraparla, pero estuve lento de reflejos y se me escapó, diciendo como despedida final:

Gracias, Robert.

Y yo me encontré solo en la calle, con un dolor de cabeza de cien mil diablos coronados, el estómago convertido en una gaita arrugada y con un pésimo sabor de boca. Esto último en sentido metafórico, claro está, porque el beso de aquella sugestiva pelirroja llamada Vilma no me lo quitaban ni muerto.

Decía lo del pésimo sabor de boca porque, en vez de encontrarme en el apartamento de Vilma, como en un principio había pensado, con mi optimismo de siempre, me hallaba en la calle, sólo como la farola de enfrente, con una paliza a cuestas y hecho una eme.

El enigma de Vilma Loy aún seguía en pie, como yo —pero lo mío era de milagro—, aunque tenía ya una ligera sospecha.

Hice un esfuerzo para llegar hasta mi coche y, cuando me dejé caer sobre el asiento, solté un suspiro de alivio.

Miré hacia los Apartamentos Morgan. Vi varias ventanas encendidas. Me pregunté cuál correspondería a Vilma. También me dije que ella había sido muy poco galante al no invitarme a subir a su apartamento, después de cómo me había dejado el gigantesco bastardo llamado Buddy. Pero, claro, sólo a los hombres nos exigen ser galantes.

Cuando llegué al hotel, ya iba algo más recuperado. De todas formas, mi aspecto no debía ser muy bueno, porque el portero me miró con un poco de alarma en su rostro de hombre bonachón, y el de recepción, al entregarme la llave, me indicó, sin que yo se lo pidiera, dónde estaba el botiquín.

Una vez en mi habitación, saqué la botella de *whisky* y me aticé

varios latigazos.

Luego me dirigí al teléfono, y pedí comunicación con un número de Springfield.

La señora Leona Silverstein se puso al instante.

—¿Qué hay, señor Malcolm? —me preguntó con su vocecita de ultratumba, después que yo le dijera quién era.

—No hay muchas novedades.

—¿Ya ha establecido contacto con mi nieta?

—Oh, sí.

—¿Y qué tal?

—Muy... bien. Sí, muy bien. Es muy simpática y agradable.

—¿Y qué progresos ha hecho?

—Creo, señora Silverstein, que le están haciendo chantaje —le transmití mi sospecha.

—¿Chantaje?

—Eso he dicho.

—¿Por qué?

—Eso no lo he averiguado aún.

—Entonces, siga con sus investigaciones.

—Por supuesto que lo haré.

—Si cree que es necesario entregarle el dinero, hágalo. Tiene mi permiso. He oído contar muchas historias sobre chantajistas. Historias horribles. Vitriolo, palizas... No quisiera que le ocurriera nada de eso a mi nieta.

—Estando yo a su lado, nada le ocurrirá —le aseguré muy convencido. La prueba la había tenido esta noche. Al que le habían ocurrido cosas era a mí—. Pienso que por ahora no conviene entregar el dinero, hasta que no sepa más —agregué.

—Confío en usted.

—Muy bien, señora Silverstein.

—No se olvide de llamarme todas las noches. Quiero estar informada al día. Para eso le pago mejor que nadie.

—No me olvidaré.

—Entonces, hasta mañana. Buenas noches, señor Malcolm.

Yo también le di las buenas noches, porque soy un tipo educado.

CAPÍTULO VI

No tenía pérdida.

Tomé la National Interstate Highway número cincuenta y cinco para salir del gran núcleo de Chicago, y luego, a la altura de Bolingbrook, cogí la desviación de la izquierda, la carretera estatal número siete, también llamada Joliet Road.

Ésta, como es fácil comprender por su nombre, lleva directamente a la pequeña población de Joliet.

Que no era tan pequeña como luego pude observar. Al menos, si uno la comparaba con Springfield.

Fue también muy fácil dar con los estudios de la KMX, que se encontraban situados a la entrada de la población, en la Broadway, que no era más que la continuación de la Joliet Road.

Ocupaban un espacioso y bonito lugar, algo apartado, entre Crest Hill y el Des Plaines River. Un poco más allá se adivinaba el nacimiento de los dos famosos canales que atraviesan Chicago: el Illinois and Michigan Canal y el Chicago Sanitary and Ship Canal.

Detuve mi «Pontiac» ante la garita del portero. Una valla impedía el paso.

—Buenos días, señor —me saludó, llevándose una mano a la gorra de plato.

—Buenos días —contesté.

—¿Qué desea?

—Voy a ver a la señorita Vilma Loy.

—Oh, todos quieren verla a ella.

—Me lo supongo.

—Y cómo ha de suponer también, no podemos dejar entrar a todos los curiosos.

—Sí, pero resulta que yo tengo una cita con ella.

—Muchos argumentan eso.

—Yo digo la verdad.

Hoy día todo el mundo dice la verdad. Lo que pasa es que nadie se da cuenta de que esa verdad es simplemente «su» verdad.

Toma ya. El tío aquél practicaba la filosofía. ¿Qué infiernos hacía en esa garita? Debía andar por el mundo dando conferencias.

—¿Tiene algo que atestigüe esa cita, señor? —me preguntó.

—Pues... no.

Vilma no me había hablado de estos inconvenientes. Claro que el final de la noche anterior no había sido el ideal para acordarse de detalles.

—Entonces, lo siento.

—Oiga...

—Ordenes son órdenes. —Lo comprendo, pero...

—¿No querrá que pierda el empleo por hacerle un favor a usted? Así es el mundo, hermano. Esta frase lo resume todo.

—Sólo le ruego que se ponga en comunicación con ella, por favor. Observo que tiene teléfono ahí dentro. Dígale que Robert está aquí. Sólo eso.

El portero me miró escrutadoramente. Yo le aguanté la mirada, al estilo Humphrey Bogart.

Salí vencedor.

El portero filósofo se metió en la garita descolgó el auricular y se puso a hablar por él.

Volvió junto a mí, un par de minutos después.

—Tenía razón, señor. Perdone.

—No es nada, amigo —le disculpé—. Usted cumplía con su deber.

—Ojalá todos lo comprendieran como usted.

Le dediqué una sonrisa.

El hombre regresó a la garita. Debí pulsar un botón para que la valla se levantara.

Yo metí la primera y me adentré en el recinto.

Dejé mi coche en la playa de estacionamiento.

Poco después entraba en el edificio central. Tuve que salvar a un nuevo portero, pero con éste no hubo ningún problema. Llegué hasta el mostrador de «Información».

—La señorita Vilma Loy, por favor —le dije a la joven que

atendía aquello. Era rubia, abusaba del maquillaje y tenía una permanente sonrisa en los labios. Seguro que soñaba con colocarse un día delante de las cámaras.

Planta tercera —me respondió—. Despacho cinco.

—Gracias.

—Le recomiendo que espere en el vestíbulo de esa planta. Ahora se encuentra ella trabajando con el equipo del concurso. No les gusta que les molesten.

—Entiendo.

Me alejé hacia el ascensor.

El vestíbulo de la planta tercera era espacioso a rabiar. Formaba una especie de cuadrado. Dos lados paralelos estaban ocupados por un ascensor y las escaleras respectivas. Los otros dos lados, por dos puertas rotuladas con los números uno y dos. A la altura del despacho dos, se abrían dos largos pasillos, uno a derecha y otro a izquierda. Me asomé a ellos y sólo vi puertas. Imaginé que serían el resto de los despachos de trabajo.

Tomé asiento en una de las cuatro butaquitas que allí había y esperé fumando un cigarrillo.

Vilma no podía tardar mucho porque ya eran más de las doce.

Me equivoqué.

Fumé uno, dos, tres, cuatro, cinco cigarrillos... y cuando ya estaba haciendo serias oposiciones al cáncer de pulmón, a eso de la una, un murmullo incesante y bastante molesto avanzó por el pasillo de mi izquierda, cada vez acercándose más al vestíbulo.

Al final se materializó en un denso grupo de gente que parloteaba sin orden ni concierto.

Enseguida distinguí a Vilma. Su melena roja la delataba entre todos. Me puse en pie y avancé hacia el grupo.

Ella también me vio, se separó de sus acompañantes y vino hacia mí.

Nos encontramos a medio camino.

—¿Cómo estás, Robert? —me preguntó, al tiempo que alargaba su diestra y yo la estrechaba.

—Estupendamente —respondí con el optimismo de los tontos que ven la vida color de rosa.

—Ayer me olvidé de proporcionarte un pase —se lamentó ella—. Cuando me ha telefoneado Rick, el portero de la entrada,

entonces me he acordado. ¡Vaya cabeza la mía!

—Bah, no tiene la menor importancia.

—Y siento también que hayas tenido que estar de plantón —siguió disculpándose. Estaba en plan humilde—. Me he retrasado en una hora —agregó, tras consultar su reloj de pulsera—. Lo siento, de veras.

No pasa nada, muñeca. Lo cierto es que ya estás aquí, y vamos a pasar un rato juntos.

—Tengo libre una hora y media.

—La aprovecharemos al máximo.

—¿Quién es él, querida Vilma? —Oí una voz melodiosa de mujer a mi espalda.

La encaré con curiosidad. Se trataba de una opulenta rubia de ojos azules y cuerpo repleto de curvas. Contaría unos veinticinco años de edad, y su escote era una ventana abierta a la tentación. También un riesgo de coger una pulmonía.

—Ella es Julie Bottoms, la *script* —me la presentó Vilma—. Robert Malcolm, un amigo.

—Hola, guapo —me saludó con mucho desparpajo.

—Hola —me limité a decir yo.

—Ya veo que tú enseguida encuentras sustituto, ¿eh, querida Vilma? —le espetó la rubia, sin perder su dulce sonrisa.

Vilma compuso un mohín de enfado.

Adiviné enseguida que las relaciones entre las dos mujeres no eran muy boyantes.

—No está mal —añadió la rubia, curioseándome con la mirada como si fuera un caballo a subasta.

No rebuzné para no ofenderla.

—¿Satisfecha? —le pregunté, mostrándole el blanco de mis dientes.

—Lleva cuidado, guapo —me advirtió—. Cuando se cansa, los tira.

—¡Julie! —exclamó Vilma, sin poderse contener, con los labios apretados.

Algunos del grupo, a escasos metros, desviaron sus miradas hacia nosotros.

—¿He dicho alguna infamia, querida Vilma...? No creo —y dejó escapar una risita traviesa.

Dos hombres se separaron entonces del grupo y se acercaron a nosotros. Uno de ellos rodeó con un brazo la cintura de la opulenta rubia.

—Éste es Arthur Connors —me lo presentó Vilma—. Es el realizador del programa. Un hombre con mucha experiencia en el medio televisivo.

Robert Malcolm, un amigo.

Ambos soltamos un gruñido de saludo y nos estrechamos las manos.

Connors era un hombre de treinta y cinco años de edad, corpulento, de rostro sanguíneo y gestos un tanto bruscos.

Y éste es Sam Wayne —me presentó al otro: de escasos veintidós años, barbilampiño, rubio, casi delicado, que contrastaba mucho con el anterior, y sobre todo cuando uno se enteraba de lo que era —: el ayudante del realizador. Un joven que promete.

También nos estrechamos las diestras.

—Vámonos o llegaremos tarde —le dijo Arthur Connors a la rubia.

Los tres se fueron.

Vilma y yo nos quedamos mirando.

—Julie no soporta que yo fuera antes la novia de Arthur —me explicó, sin que yo le dijera nada—. Tampoco me perdona que le dejara.

Vaya con Vilma y Connors. Quién lo iba a imaginar. El no parecía el tipo apropiado para ella. Bueno, tal vez por eso se habían ido al cuerno sus relaciones. Tal vez por eso.

—Me ha dado la impresión que esa Julie te tiene una gran envidia.

—Sí, es posible.

—¿Ella es ahora la novia de Connors?

—En efecto.

—Ajajá.

—Pero lo que más le hace sufrir es saber que lo es porque yo abandoné a Arthur. Ella ya iba detrás de Arthur hace mucho tiempo, cuando él y yo éramos novios, y su sueño dorado era arrebatármelo. No lo consiguió, y se tuvo que conformar con conquistarle una vez le dejé yo.

Eso la destroza por dentro.

—¿Por qué rompisteis tú y Arthur?

—Cosas.

—¿Eso es una respuesta? —protesté yo.

—Ésa es la respuesta que se da cuando no se quiere contestar a una pregunta íntima.

Diablo, no se mordía la lengua. Me quedé aplanado y con tres palmos de narices. Si todo iba a ser así...

—Y ese chico, Wayne, no parece muy hablador, ¿eh? —comenté por decir algo, para romper el silencio que se había hecho entre los dos.

—Bueno, su timidez es debida a que ahora está empezando en la profesión. Es una timidez más bien profesional. Te aseguro que, como persona, no tiene nada de tímido. Palabra.

—Si tú lo dices...

Los otros del grupo se acercaron entonces a nosotros dos.

—¿No nos presentas a tu conquista, Vilma? —le preguntó uno de los hombres, de estatura media, pelo castaño y facciones angulosas. Contaría una edad similar a la mía, e iba en mangas de camisa. Las axilas las tenía manchadas de sudor.

—Oh, déjate de bromas, Perry —dijo ella—. Éste es Robert Malcolm —me presentó a continuación.

Yo fui estrechando la mano de cada uno de ellos, conforme me los fue presentando.

—Perry Mulligan, el guionista. El cerebro gris del concurso. La mente más diabólica... al servicio de un programa de entretenimiento.

—Algún día demostraré lo que valgo en alguna cosa más seria —vaticinó él guionista.

Luego venía un joven de unos veintisiete años, alto, delgado, de ojos vivaces y nariz aguileña. Vestía de *sport*.

—Lew Rooney, el jefe de cámaras. Le apodamos cariñosamente Mil Ojos.

El joven torció el gesto, por lo que deduje que no le gustaba mucho aquel apodo.

La siguiente persona era una mujer. Una morenaza con mucho *sexy*, a la que yo ya conocía de verla trabajar en el concurso. Era muy joven, no contaría más allá de veinte años, y tenía ya todas las formas de una hembra hecha.

—Deborah Lindsay, la azafata. Ya le están lloviendo los contratos para hacer cine, y posiblemente nos deje pronto.

—Con mucha pena por mi parte —agregó ella—. Sois un grupo de gente maravilloso, fenomenal.

Aquella chica prometía. Lo presentí enseguida por el uso de los adjetivos «maravilloso» y «fenomenal». ¿No se ha dado cuenta, por las entrevistas a actores y actrices, que en el cine todo es maravilloso y fenomenal?

Por último estaba el más viejo del grupo, un hombre que frisaría la cuarentena. A pesar de su edad, tenía un aire jovial, tal vez debido al rostro simpático y todavía aniñado que poseía. Era de complexión más bien enclenque, al menos en comparación con los otros, y vestía de una forma estrafalaria, al estilo *hippy*.

—Charles Fulton, el decorador. El hombre con más gusto del estado.

—¿Cuándo nos casamos, Vilma? —le preguntó, guiñándole un ojo.

Todos nos echamos a reír. El que menos rió fue Lew Rooney. Llegué a la conclusión de que era un tipo con poco sentido del humor.

—Muchachos —dijo el guionista—, yo me largo. Tengo hambre y prisa.

Estas palabras significaron la desbandada.

Vilma y yo nos quedamos, al fin, solos, y ella se empeñó en mostrarme algunas cosas, antes de almorzar.

No piense mal, hermano, porque sólo se trató del edificio donde nos hallábamos.

Yo acepté porque, al fin y al cabo —creo que ya lo he dicho antes—, soy un tipo muy curioso.

Pero a mí, como usted ya se debe imaginar, lo que me interesaba era otra cosa.

La primera planta correspondía a las oficinas de administración. La segunda a los despachos de los jefes de departamentos. La tercera, a despachos de trabajo. En la cuarta había unos pequeños y coquetones estudios. La quinta estaba dividida en dos amplias salas, repletas de mandos, conmutadores, clavijas, pequeñas pantallas, lucecitas, etcétera: eran las salas de control, como ellos las llamaban. Y en la sexta y última se encontraba un bar-restaurante,

con una espaciosa terraza desde donde se podía observar a placer toda la verde belleza de Crest Hill y la serpiente plateada que era el Des Plaines River.

Allí almorzamos.

Quando creí llegado el momento oportuno, atacué el asunto que me había traído a Chicago.

—Ahora que nos encontramos más tranquilos y serenos —le dije tras los postres, mientras fumábamos sendos cigarrillos—, creo que me debes una explicación acerca de lo ocurrido ayer noche.

Ella dejó escapar dos chorritos de humo por sus orificios nasales. Se me quedó mirando muy fijamente. Como si meditara concienzudamente su respuesta. Al fin dijo secamente:

—No hay nada que contar.

—¿Cómo que no? —exclamé yo—. Me dieron una buena paliza, y aún no sé por qué exactamente.

—Son cosas mías.

—Oh, ya volvemos a las «cosas». De nuevo estás esquivando mis preguntas.

—No te interesa, Robert.

—¡Claro que me interesa!

—No —insistió ella.

—¿En qué lío andas metida, Vilma? —le pregunté, cambiando el tono de mi voz.

—En ninguno.

—No seas mentirosa.

—Oh, déjalo ya, Robert.

—No me da la gana. Quiero saber lo que ocurre. Quiero saber por qué te amenazó ese matón.

—¿Por qué tienes tanto interés?

—Bueno... A pesar de habernos conocido ayer mismo, yo ya te considero como una buena amiga. Me gustaría ayudarte, Vilma. Confía en mí.

—No necesito ayuda. Yo sé arreglármelas sola.

—No lo creo. Sobre todo, con tipos de la calaña de ese Buddy de anoche.

—Tal vez. Pero tú tampoco.

Aquello me llegó muy hondo.

Creo que, por primera vez en mi vida, me quedé con la boca

seca y sin saber qué decir.

Se hizo un espeso silencio entre los dos.

Ella apagó nerviosamente el cigarrillo.

—Lo siento —balbució al rato—. No sé lo que digo, Robert.

—Olvidalo.

—Mejor será que dejemos este asunto. No vale la pena que discutamos por él.

—Yo sólo quiero echarte una mano.

Lo dije sin ninguna doble intención, de verdad.

—Estás en peligro, Vilma —agregué, intentando convencerla—.

El matón de anoche no se andará con chiquitas. Otro día no estaré yo para parar los golpes. ¿Por qué no dejas que te ayude?

Ella no me contestó.

—O si no, recurre a la policía —sugerí.

—¡No! —exclamó ella, asustada. Fue como nombrarle al diablo.

—Está bien. Entonces, sólo me tienes a mí. Deja de hacerte la heroína solitaria y cuéntame qué ocurre.

Por toda respuesta, se puso en pie.

—Anda, vámonos —dijo.

—Pero yo...

—Vámonos, por favor —insistió.

Era dura de pelar, la muy condenada.

Refunfuñando, estrujé el cigarrillo contra el cenicero de cristal y luego pagué la cuenta.

Visitamos los otros edificios de alrededor, donde se encontraban los grandes estudios, los sets de rodaje. Yo atendía a las explicaciones de ella, disimulando lo mejor que podía el enfado que me embargaba.

Realmente, no presté mucha atención a cuanto me enseñó. Yo pensaba en otras cosas. Por ejemplo, que iba a tener que buscar otro camino para llegar al fondo de la cuestión.

La táctica de la abuela podía ser buena, sí, pero estaba claro que sólo empezaría a dar resultados al cabo de un largo tiempo, cuando entre Vilma y yo hubiera una gran intimidad y confianza. La pelirroja me estaba demostrando, por ahora, que no era de esas muchachas que le cuentan a uno sus penas nada más se lo tropiezan al doblar la esquina. En fin, la táctica de la abuela era de la época de la Gran Guerra, como ella misma.

Había que buscar un método más rápido, más expeditivo. Sobre todo porque había llegado a la conclusión de que el asunto corría prisa. El matón Buddy no se iba a estar de brazos cruzados, esperando que yo terminara de conquistarla. Las palabras que le había dirigido a Vilma la noche anterior así lo dejaban ver. Estaba dispuesto a darle la lata todos los días.

De pronto, me detuve en mis pensamientos.

El matón Buddy...

El gigantesco bastardo llamado Buddy.

Claro, ¿por qué no?

Ése podía ser el camino.

Nos despedimos cuando a ella se le hizo la hora de retornar a su trabajo.

No quedamos en nada concreto. Nuestra despedida fue más bien fría. Si ella esperaba que la invitara a cenar, se debió quedar con las ganas. Yo tenía otros proyectos para lo que restaba de día.

Ella, también. Lo supe más tarde.

CAPÍTULO VII

Aquella tarde pasé cuatro interminables y agotadoras horas recorriendo los bajos fondos de Chicago. Por supuesto, no voy a contarle todo cuanto hice porque resultó muy aburrido, muy monótono. En todos lados formulé las mismas preguntas, y recibí idénticas respuestas. Del gigantesco bastardo llamado Buddy —de profesión: sus matonerías— nadie parecía saber nada... hasta las siete de la tarde.

A esa hora di con un simpático tipo, medio borracho, que me confesó haber visto a un matón semejante frecuentar regularmente los billares de Lorigan.

Allí fui, aunque con poca convicción. La palabra de un tipo bebido no vale mucho, pero yo tenía que agarrarme a cualquier pista, y aquélla era la primera en cuatro horas.

Haciendo un breve inciso, con perdón, creo que debo hablarle de mi pistola.

Se trata de una automática del calibre treinta y dos. Es pequeña y muy manejable. Y se acopla perfectamente a mi mano.

Ella y yo hemos hecho algunas cosas juntos, pero nunca hemos enviado a nadie al cementerio. Soy alérgico a matar.

La llevo normalmente en la guantera del coche, y sólo recurro a ella en casos extraordinarios.

Aquéél era uno de éstos.

Por ello me la guardé en uno de los bolsillos de mi chaqueta y me encaminé tan campante hacia los billares de Lorigan.

Así iba más tranquilo.

Los billares de marras se hallaban en la 85th Street, a la altura de Burbank. Era una especie de sótano al que se bajaba por unas escalerillas.

Cuando uno entraba allí, creía ahogarse. Toda una rica variedad de malos olores emponzoñaban las fosas nasales, y uno tenía la impresión de haber entrado en un estercolero.

El olor a sobacos era el más predominante. Parecía como si todas las axilas sucias de la ciudad se hubieran reunido allí.

Luego había una densa niebla, formada por el humo del tabaco, y uno no acertaba a explicarse cómo los que jugaban al billar conseguían darle con el taco a la bola.

También había máquinas tragaperras, corros de fulanos poco respetables, y un largo mostrador, donde se servían bebidas.

El barman era un patilargo, de rostro picado por la viruela.

—Busco a Buddy —le solté nada más me encaró.

—Huelo a margaritas —comentó un gracioso, con su compadre de barra. Los dos rompieron a reír, mirándome descaradamente.

Yo no me amilané.

—Si sigues por ese camino —le dije al gracioso, metiéndome la mano en el bolsillo de la chaqueta, y haciendo ostensible el bulto de la pistola—, no sólo las olerás eternamente, sino que también las criarás.

Los dos juerguistas dejaron de reír *ipso facto*. Yo continué con la mano en el bolsillo.

—Era una tontería —quitó hierro a la cosa el que había soltado la gracia.

—¿Dónde está Buddy? —le pregunté al barman, sin quitarles ojo a los dos fulanos, los cuales empezaron a dedicar más atención a los vasos de *whisky*.

El patilargo, que había sido testigo mudo de la escena, posiblemente me creyó otro matón más. Me respondió, sin preguntarme siquiera quién era:

—Hoy no ha venido por aquí. Le encontrará en el casino Eldorado, Trabaja allí.

—Gracias.

Saqué la mano del bolsillo y el patilargo se echó atrás, asustado. Dejé un dólar sobre el mostrador.

—¿Cuál es la dirección?

—En el cruce de Yates y South Shore.

—Hasta la próxima.

Salí de allí, sin ningún inconveniente. Tomé mi coche y me

dirigí al lugar indicado.

Prácticamente me hallaba a la misma altura que el casino. Sólo era cuestión de seguir por la 85th Street hacia el lago.

Cuando llegué al cruce con la Yates Street, doblé a la izquierda y seguí hacia arriba la calle.

La confluencia de ésta con South Shore era un lugar muy próximo al lago. Una fresca brisa, que venía de él, azotaba el rostro.

El casino se veía enseguida. Era muy llamativo. Un gran letrero de luces de neón lo proclamaba majestuosamente. La entrada era amplia y estaba atendida por un hombre uniformado de verde y con unos galones sobre los hombros.

Entré sin encontrar objeción alguna. Menos mal que no era obligado ir de etiqueta. Eso era un signo evidente de la crisis que nos invade. Incluso creo que hubieran dejado entrar al pobre de la esquina, con tal de tener la oportunidad de arrebatarle las cuatro monedas que había conseguido reunir aquel día.

Enseguida distinguí a Buddy. Era una mole impresionante, que andaba vestida con *smoking*. Para su cara de bestia no debía haber encontrado nada apropiado, porque la seguía luciendo con toda su ferocidad.

Le vi apoyado en una columna y temí por las vidas de todos los allí reunidos, obsesionados por el juego. Podía ceder la columna, y venirse el techo abajo.

Vigilaba incesantemente. Sus ojos no paraban de moverse de un lado a otro. Estaba claro, para mí, que trabajaba como una especie de guardián-matón para el dueño del local.

Di un hábil rodeo, esquivando caras largas y rostros alegres, más las primeras que los segundos, y logré situarme a espaldas de él.

Avancé distraídamente, y llegó un momento en que mi aliento acarició su nuca.

También el cañón de mi pistola le acarició la columna vertebral.

El matón se envaró.

Como estábamos muy juntitos, y mi pistola es pequeña, nadie la podía distinguir.

—Hola, Buddy —le dije.

—¿Quién... quién es usted? —tartajeó.

—¿No me conoces?

—No.

—Anda, gira un poco la cabezota y mírame. Soy el tío Robert.

Me miró con el rabillo del ojo, y yo creo que los testículos se le subieron a la garganta.

—Yo... siento lo de anoche, míster.

—No sé lo que ocurre que siempre que le apuntas con una pistola a un tipo, empieza a ser educado y a pedirte perdón. ¿Por qué será?

—Yo... yo... —comenzó a decir.

—Tú... tú... eres un gran bastardo —terminé yo.

Aquello no le hizo ni pizca de gracia.

—Creo que nos conviene cambiar de sitio, Buddy. No quiero llamar excesivamente la atención. Caminemos hacia los servicios. Allí podremos hablar con más tranquilidad. Y no te olvides que llevo una pistola.

Me la metí en el bolsillo, para disimularla, y comenzamos a caminar hacia los servicios.

No hubo ningún tropiezo, y nos colamos en el de caballeros.

En uno de los lavabos, un tipo muy nervioso no hacía más que ablucionarse. Apenas se fijó en nosotros Dos más orinaban cara a la pared, como niños malos Esos ni siquiera se dieron cuenta de nuestra presencia.

Yo le indiqué a Buddy uno de los retretes.

Entramos.

Eché el pestillo y saqué la pistola. Le hice sentarse en la taza, pero al revés de como es habitual. Me ofreció su ancha espalda. Yo le apoyé el cañón de mi pistola en la nuca.

—Y ahora vamos a hablar como buenos y entrañables amigos —le dije—. Pero como hagas un movimiento sospechoso, escupirás una bala por la nuez. ¿Entendido?

Dejó escapar un «sí» muy quedo.

—Muy bien. Vayamos al grano. ¿Qué tienes que ver con Vilma Loy?

—Yo, nada. Se lo quería explicar antes. Sólo cumplía órdenes.

—Oh, vaya, ya nos estamos quitando responsabilidades. Eso no está bien.

—Es la verdad.

—¿Quién te dio las órdenes?

—El patrón.

- ¿Quién es el patrón?
- John Kildare, el dueño del casino.
- Ajá. ¿Qué te dijo exactamente?
- Que la asustara. Sólo eso.
- Pero no te ordenó que me pegaras.
- No...
- Fuiste un mal chico, Buddy.
- Oiga, no...

Desgraciadamente, no puedo relatarle qué iba a decir. En ese momento le aticé un par de culatazos en la cabezota, sin ningún remordimiento de conciencia. Ya no me servía para nada; era un vulgar intermediario. Ahora tenía que entenderme con su jefe.

Dejé que su cuerpo se venciera hacia adelante, y al final quedó con la cabezota apoyada en la pared de enfrente, en una extraña postura.

Me guardé de nuevo la pistola, corrí el pestillo y salí.

En aquellos instantes no había nadie. Mejor que mejor.

Una vez en la sala, me acerqué a un *croupier* no muy ocupado.

—¿Qué tengo que hacer para hablar con el señor Kildare? —le pregunté.

—Suba aquellas escaleras, señor —me indicó.

Le di las gracias en forma de billete de dólar y medio minuto después llegaba al segundo piso. Había dos flechas pintadas, y encima de cada una un letrero. La de la derecha llevaba a las oficinas y la de la izquierda a la dirección.

Me fui por el pasillo que señalaba esta última.

Encontré al fondo una puerta y golpeé en ella con los nudillos.

Cuando se abrió, quedé encarado a una chica morena que tenía colocado en su sitio todo lo que hay que tener. Poseía unos ojos enormes y unos dientecillos muy blancos. Al sonreír, se le marcaban unos hoyuelos muy graciosos en las mejillas.

—¿Sí? —me dijo.

—Desearía hablar con el señor Kildare.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Robert Malcolm —no tuve inconveniente en dar mi nombre; no le iba a decir nada.

—¿Y qué desea?

—Soy periodista —le mostré rápidamente mi licencia de

investigador privado. Ella no debía entender mucho de eso porque la cosa le coló—. Estoy preparando un trabajo sobre las salas de juego. Y por ello quisiera charlar un rato con el señor Kildare.

—Para eso debía haber solicitado la entrevista con anterioridad. El señor Kildare es un hombre muy ocupado y...

—Lo comprendo, lo comprendo. Pero prometo no molestarle más de quince minutos. ¿Vale?

—Veré.

Dio media vuelta, sin siquiera invitarme a pasar, y desapareció por una puerta, tras pedir permiso.

Cuando regresó junto a mí, me dijo:

—Está bien. Puede pasar.

—Muchas gracias —le sonreí.

Me introdujo en el despacho del señor Kildare, quien se encontraba sentado tras una imponente mesa. Era un hombre vulgar, del montón, sin nada destacable como no fuera el alfiler de corbata, hecho a base de un puñado de brillantes.

Me acerqué hasta él y estreché su diestra.

—Robert Malcolm —dije.

El me correspondió con un gruñido.

Entonces observé que la secretaria cerraba la puerta y nos dejaba solos.

—Tome asiento —me invitó con un gesto de la mano, enseñándome por fin cómo era su voz. Tan vulgar como su persona.

Me senté en una butaca.

—Pregunte lo que quiera —agregó.

Yo le tomé la palabra.

—Hábleme de Vilma Loy, por favor.

John Kildare parpadeó confuso.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir, moviendo su diestra hacia el interfono.

—Quieto —le conminé, mostrándole mi pistola. Ni siquiera me moví del asiento.

—¿Esto es un atraco?

—No se haga el loco. Usted sabe muy bien que no. Le nombré a Vilma Loy. ¿No lo recuerda?

—No sé quién es.

—Si le meto una bala, entonces sí que dejará de saber cosas —le

amenacé.

Estaba yo ese día en plan chulo.

El tragó saliva con dificultad.

—Sea comprensivo, y no me haga quedar como un carnicero —añadí.

—Yo... yo...

—Oh, no empiece a decir incoherencias como su matón Buddy, por favor.

—¿Buddy?

—Hace un rato hablé con él.

—Usted...

—Por si le contó la hazaña de anoche, yo le diré que soy el tipo que golpeó. El amigo de Vilma Loy. ¿Sabe ya quién es ella?

Mire, señor Malcolm, yo no quiero problemas...

—Yo tampoco. Sólo busco hallar la verdad. ¿Qué tiene usted que ver con ella?

—Nada.

—Creí que iba por buen camino, pero ya veo que no. Es usted terco como una mula. Me va a obligar a soltarle un pildorazo.

—Espere... Espere...

—No crea que tengo mucho tiempo.

—Es que usted no me ha comprendido bien.

—Ah, ya. Explíquese.

—En realidad, mis relaciones son con Arthur Connors. ¿Le conoce usted?

—Creo que sí. El realizador del concurso «¿Quién es el criminal?», ¿no?

—El mismo.

—Adelante con su historia, señor Kildare. Y procure que suene a creíble.

—Arthur Connors es un jugador empedernido. Un vicioso del juego, ¿comprende?

Yo asentí y él continuó:

—Las cosas le han ido de mal en peor últimamente. Me adeuda alrededor de los veinticinco mil dólares.

Yo lancé un silbido.

—El me dijo que me los pagaría, que una persona le debía una cifra parecida. Pero fueron pasando los días y yo no vi un dólar.

Tampoco apareció por aquí. Así que le tuve que ordenar a Buddy que me lo trajera. Hablamos. Él me explicó que esa persona se mostraba reacia a darle lo que le debía y que, mientras fuera así, no podía abonarme la deuda contraída en el juego. Al final me dio el nombre de esa persona y quedamos en que Buddy le haría una visita para hacerla entrar en razón.

Como comprenderá, a mí me convenía que entrara en razón.

—Ya. ¿Y esa persona es Vilma Loy?

—Exactamente.

—¿Y por qué le debe esa cantidad a Connors?

—No lo sé. No me lo dijo.

—No me engañe, señor Kildare.

—¡Le juro que no lo sé! No sentí ningún interés por saberlo. A mí sólo me interesaba recuperar mi dinero.

—Está claro, buitre.

Así, pues, si quiere saber la verdad sobre Vilma Loy, tendrá que hacer una visita más.

—Deme la dirección de Arthur Connors.

Lo hizo.

Yo me puse en pie y rodeé la mesa hasta llegar a su lado.

—¿Qué va a hacer...? —se alarmó.

—Darle las gracias —dije, sonriendo malévolamente. Y le descargué un culatazo en el cráneo.

Puso los ojos en blanco y estrelló su cara de hombre vulgar contra los papeles de la mesa.

Me quedé mirándole unos segundos. Bien. Ya había conseguido ponerme en paz con esta gentuza.

Por otro lado, así evitaría que le pasara aviso a Connors.

La pistola volvió a su bolsillo y yo salí del despacho.

La secretaria corrió a abrirme la puerta, sonriéndome con sus hoyuelos marcados.

—Adiós, señor Malcolm.

—Adiós, encanto.

Iba a cerrar la puerta, cuando me giré.

—Ah, se me olvidaba.

—¿Sí?

Posiblemente esperaba una cita para la noche.

—Me rogó el señor Kildare que le dijera que dentro de media

hora hiciera el favor de pasar, que tiene que dictarle unas cartas.

—¡Oh! —se desilusionó.

Yo soy así.

Definitivamente, me alejé de allí.

Una vez ya en mi «Pontiac», me dirigí hacia el sur hacia la zona de Oak Forest.

Allí, en la 167th Street, poseía una pequeña quinta Arthur Connors.

Era un lugar apacible, tranquilo. Ciertamente distinguido. Arthur Connors, a pesar de su deuda, debía ser un hombre que gustaba de vivir a lo grande. Con aquella quinta podría saldarla, claro está, pero, ah, amigo, entonces tendría que irse a vivir a una choza, y eso no está bien visto, en un prestigioso realizador de televisión. Y había otra poderosa razón por la que no tenía que hacer eso: Vilma Loy le debía una cantidad parecida. ¿Por qué?

Con esa maldita pregunta clavada en mi cerebro, aparqué mi coche detrás de un «Chrysler» color verde que en ese mismo momento arrancó, saliendo disparado. Yo creí ver una melena roja al volante.

CAPÍTULO VIII

La verja estaba abierta, y esto fue lo primero que me amoscó.

Crucé el senderito de gravilla, flanqueado de verde césped, y llegué hasta la puerta de la casa.

También estaba abierta, y esto fue lo segundo que me amoscó.

Entré.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté.

Nadie me respondió y esto fue lo tercero que me amoscó.

Con el ceño fruncido, visiblemente preocupado, caminé por un pasillo en penumbra hacia la habitación de la que salía un chorro de luz.

Penetré en ella, con la diestra metida en el bolsillo de la chaqueta, empuñando mi pistola.

Era una pieza grande, un salón-biblioteca decorado con buen gusto y repleto de libros. Varios cuadros adornaban las paredes. En el lugar flotaba un raro olor, algo así como una mezcla de perfume y pólvora. Bonita combinación, ¿verdad, amigo?

El proyector de cine estaba montado sobre una mesa, apuntando hacia una pantalla instalada enfrente. Un hombre yacía espatarrado junto a dicha mesa, con la camisa hecha un asco. Y es que la sangre ensucia mucho, usted ya sabe.

Esto fue lo que llamó inmediatamente mi atención.

Al tipo en cuestión le reconocí al instante. Le había visto aquella misma mañana.

Era Arthur Connors, el propietario de la pequeña quinta, el prestigioso realizador de televisión.

Me acuclillé junto a él y le coloqué un par de dedos sobre el cuello, la verdad es que sin ninguna esperanza. En efecto, las venas ya no latían. Estaba tan muerto como mi tía abuela Peggy, la

solterona, que se fue al otro barrio esperando al hombre de su vida.

Observé entonces que le habían pegado dos tiros en el pecho, a la altura del corazón, y además con un arma de grueso calibre porque los boquetes eran bastante llamativos.

Tenía los ojos ya vidriosos, y estaban clavados espantosamente fijos en la pared de enfrente.

Me puse en pie y eché una mirada alrededor. No vi nada interesante. El salón se encontraba en perfecto orden.

Me mesé nerviosamente los cabellos. El caso, indudablemente, se había complicado. Un asesinato es algo grave. Y un asunto de la policía, por supuesto.

Por un instante pensé en descolgar el teléfono y llamar al Pólice Department.

Luego me lo pensé mejor. Por un lado estaba aquella melena roja que yo había visto en el «Chrysler». Por otro, el perfume que aún impregnaba mis fosas nasales.

¿Vilma Loy?

¿Podía ella tener suficientes razones para matar a Arthur Connors?

Veinticinco mil dólares eran muchos dólares... Podían ser también veinticinco mil razones.

Claro que también podían haber intervenido en ello Kildare y sus matones del casino.

Pero ¿por qué?

Aparte de que no creía que Kildare hubiera podido tener tiempo de dar órdenes tajantes al respecto, ya que yo había venido directamente desde allí, me parecía un tanto incongruente, habida cuenta los veinticinco mil dólares que le debía el muerto.

No, apostaba lo que fuera a que Kildare no había tenido parte en ello.

Lo suyo eran los juegos de azar y las palizas. Poco más.

Así pues, a mi mente volvió la sugestiva pelirroja Vilma Loy.

Era la única persona con motivos que yo conocía, y además, creía haberla visto huir de allí. Y aquel perfume podía ser el suyo, no estaba seguro.

Decidí que lo mejor era salir de dudas.

¿Por qué no autoinvitarme a cenar en su aparta mentó?

Dejé todo tal como estaba y pensé en presentarme ante ella

dispuesto a averiguar la verdad y toda la verdad.

* * *

Antes, tuve un tropiezo.

Ya le he comentado que mi sino son los mamporros, sobre todo cuando estoy de trabajo.

En éste iba por ahora bien librado, según mi modesta apreciación.

Enseguida se encargaron de hacerme cambiar de parecer.

Y fue al llegar al coche.

Tres sombras se proyectaron sobre mí.

Alcé la vista y la clavé en los tres fulanos. Uno era un viejo conocido.

Buddy.

El gigante bastardo llamado Buddy y dos amigotes.

—Buenas noches, caballero —me saludó como un chico que ha estudiado urbanidad.

—Hola, gigante —le correspondí yo.

—El señor Kildare no se equivocó cuando dijo que te encontraríamos aquí, si nos dábamos prisa.

—El señor Kildare es muy listo. Y vosotros, muy rápidos. ¿Qué queréis?

—Al señor Kildare no le gustó que le dieras en la cabeza. Eso estuvo muy mal.

—Pues a mí no me gustan los tipos que ordenan asustar mujeres —repliqué yo—. Eso también está muy mal.

—Y a mí no me gustaron nada, pero que nada, los dos culatazos.

—Si fueron para demostrarte mi cariño...

—¡Hijo de perra! —barbotó.

Desde luego, no tenía sentido del humor.

Los tres fulanos dieron un paso más al frente.

Yo eché rápidamente mano a mi pistola, porque les veía venir.

No me dieron tiempo, los muy canallas.

—¡Cuidado!

Los dos compañeros de Buddy se lanzaron a una sobre mí, al grito del gigantesco bastardo.

Ellos eran tan gigantescos bastardos como él.

Cada uno me cogió por un brazo y, en un abrir y cerrar de ojos,

me vi crucificado al coche.

Yo miré hacia todos lados, esperando ayuda, pero por allí no pasaba en estos instantes ni un alma en pena.

Buddy se acercó a mí, los ojos relampagueándole de placer anticipado. Supongo que me imaginaba convertido en una tortilla, más o menos. Se escupió en las palmas de las manos y se dispuso a hacerme una demostración de la categoría de sus puños.

Buddy era un chico muy correcto. Realmente, no me hacía ninguna falta esa demostración porque ya había tenido mi clase particular con él la noche anterior. Pero él quiso insistir para que yo captara totalmente toda la grandeza de su fuerza bruta.

Un chico muy correcto, sí.

Y en el fondo, tres matones infelices. Cometieron dos errores. Uno: no me sujetaron las piernas. Dos: no me desarmaron.

Pero yo dejé que Buddy y los dos fulanos se confiaran. Para eso encajé un mandoble en el estómago que me puso icterico. Menos mal que esta vez no había cenado aún. Y luego un gancho en la barbilla, que creía me arrancaba la cabeza de su sitio.

Los tres comenzaron a reír, satisfechos por el espectáculo.

Cuando Buddy iba a colocarme su tercer golpe, golpe que llevaba la consigna de cerrarme un ojo, para que estuviera más guapo, hice apoyo con mi espalda en el coche, levanté las piernas encogiéndolas y luego las proyecté hacia adelante.

Me salió de cine.

Aquella mole gigantesca salió trastabillando hacia la calzada, enormemente sorprendido. Tuvo suerte, de que por allí no pasaran coches, en esos momentos.

Los dos tipos que me sujetaban se vieron también sorprendidos por mi actuación, y aproveché aquellos segundos de desconcierto para tirar hacia mí con todas las fuerzas que me quedaban.

Los dos compañeros de Buddy se encontraron a medio camino, y se dieron un beso de buenos hermanos.

A uno le empujé de un soberbio patadón hacia la calzada, tropezó con Buddy, que ya venía lanzado, y los dos rodaron alejándose de mí. Al otro le mandé un directo al rostro, que le estalló en todas las narizotas. Se puso a rugir como una bestia herida y luego, de un cruzado de espanto, le mandé a hacer compañía a los otros.

Entonces saqué mi pistola.

Las cosas cambiaron.

Los tres se quedaron muy quietecitos en medio de la calzada, sentados sobre sus cuartos traseros.

Comenzaron a insultarse entre ellos, mientras yo abría mi coche y me introducía en él, tras bajar el cristal de la ventanilla de mi lado. Saqué mi armada mano izquierda por ella, y con la otra mano le di al encendido.

Primero metí la marcha atrás y retrocedí unos metros, sin dejar de apuntarles.

Luego puse las luces cortas, cambié a la primera y arremetí contra los tres matones.

El susto que se llevaron fue casi de muerte.

Los tres saltaron como gatos para evitar mi embestida.

Yo reí como un loco y chillé:

—¡Espero no volver a ver tu puta cara más, Buddy!

CAPÍTULO IX

—Hola, nena —dije cuando ella abrió la puerta y asomó su linda cabecita por el hueco que daba de sí la cadena de seguridad.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Te sorprende? —No te esperaba.

—Yo tampoco esperaba venir, pero... La cena de negocios que había proyectado se fue al diablo, pues se indispuso uno de los anfitriones. Entonces me acordé de ti, Vilma.

—Ah.

—¿Puedo pasar? No vamos a seguir conversando de esta manera...

—Sí, claro. Espera.

Esperé lo que ella tardó en cerrar la puerta, soltar la cadena de seguridad y volver a abrir la hoja de madera.

Se cubría con un batín de seda color granate, y calzaba unas chinelas plateadas. Eso era todo.

Entré.

Ella cerró la puerta.

—Bueno, tal vez pensabas ya irte a la cama... —dije por decir algo. Si realmente pensaba irse a la cama, tendría que jorobarse. Yo iba dispuesto a no largarme de allí sin resolver el asunto.

—No. Iba a ducharme.

Y pensé, no sé si sincera o sarcásticamente, que a lo mejor tenía que lavarse la sangre.

—¿Has cenado? —le pregunté a continuación.

—No.

—Yo tampoco. ¿Qué te parece si lo hacemos juntos?

—No tengo ganas de salir, Robert.

—¿Acaso he hablado yo de ir a algún lado? Podemos hacerlo aquí. Yo no soy muy exigente a la hora de comer. Con lo que tengas

me conformo.

—Mira, Robert, yo...

—¿Qué?

—Pues verás... No me encuentro de humor esta noche. Habrás de disculparme.

—Vamos, nena, arriba el ánimo —dije yo jocosamente.

Me acerqué más a ella y la tomé por la cintura.

—Robert, por favor... —protestó tímidamente.

Yo la besé por el cuello, la barbilla y llegué hasta sus labios.

Ella ya no protestó.

Enseguida me excité. Y por dos razones bien distintas. Una: porque sus labios eran puro fuego. La otra: porque usaba el mismo perfume que flotaba en el salón-biblioteca de Arthur Connors.

¿Estaba besando a una asesina? ¿Tenía en mis brazos a una peligrosa criminal?

Nos separamos, jadeantes.

—Será mejor que te vayas, Robert.

—¿Por qué?

—Es lo mejor, sí.

—Eso no es respuesta.

—Robert, rió empecemos como esta mañana...

—La culpa la tienes tú. Nunca quieres contestar a mis preguntas.

—Son preguntas indiscretas.

—Simplemente, quiero saber de ti.

—No creo que sea tan importante.

—¡Claro que sí! ¡Te quiero! ¡Estoy locamente enamorado de ti!

Sinceramente, no sé si lo estaba. Pero lo cierto es que de nuevo la atraje hacia mí y la besé en los labios. Al menos la deseaba, eso sí. Y además, tenía que averiguar la verdad.

De nuevo nos separamos. Yo le aparté una guedeja de cabello hacia atrás.

—Eres muy hermosa, Vilma —dije con una voz que no reconocí como mía.

—Robert... —susurró ella muy quedamente.

—¿Qué? —pregunté yo, ilusionado.

—Vayamos adentro, querido. Mi ilusión se quedó a medias.

Fuimos a la sala de estar. Tomamos asiento en un largo y confortable sofá.

Ella se colgó de mi cuello y buscó mis labios.

Aquello marchaba, pero sólo en un sentido.

Continuamos besándonos.

Yo me lancé al ataque y una de mis manos comenzó a perderse por debajo de su batín de seda. Pronto nos empezó a sobrar la calefacción de calor negro que caldeaba el apartamento.

Íbamos a terminar en la cama, yo lo sabía.

Pero también tenía que saber otras cosas, diablos.

Intenté mostrarme algo lúcido:

—Nena... Nena...

—¿Sí, cariño? —dijo, y siguió mordéndome.

La separé como pude de mí.

Ella me miró con ojos llenos de deseo. Yo también, qué demonios. Su batín ya apenas servía para nada, y yo podía contemplar toda la rotundidad de sus curvas.

Pero el trabajo es el trabajo.

—Nena —dije, tragando saliva—. ¿Por qué no hablamos un poco de ti?

—Oh, Robert, no seas pesado... —protestó.

Yo rodeé con un brazo sus hombros, la besé cariñosamente en la punta de la nariz, ella apoyó su rostro contra mi pecho (contra mi camisa, corbata y chaqueta que yo aún llevaba), mi otra mano hizo diabluras. Dije con voz ronca:

—Querida, deseo saber qué te ocurre, por qué te amenazan...

—¡Oh, Robert! —exclamó, y no precisamente por mis anteriores palabras.

—Vilma, yo...

—Olvídalo todo.

—No quiero.

—Vamos a hacer el amor.

—Luego.

—¡Eres un tipo odioso!

—¡Y tú, una tipa tozuda!

—¡Oh, Robert!

—¡Al diablo Robert!

Y hecho una furia —una furia de deseo por ella y de rabia por el fracaso— me puse en pie, separándome de Vilma, que quedó tumbada a lo largo del sofá.

Nos quedamos mirando muy fijamente.

—Eres malo —dijo ella infantilmente.

«Y tú, una tía de espanto», pensé yo. Pero dije otras cosas:

—¡Quiero saber por qué me pegaron la otra noche! ¡Quiero saber por qué te amenazan! ¡Quiero que contestes a mis preguntas!

—¡No me gustan tus preguntas!

—¿Por qué?

—En cambio, tú, sí. Ven.

—No.

—Entonces iré por ti.

Ahí la tenía, hermano: la muchacha con debilidad por los tipos como yo. Ciertamente, la señora Leona Silverstein no se había equivocado.

Pero yo corría el peligro de ser devorado sin haber conseguido nada.

Ella avanzó hacia mí.

Yo retrocedí.

—¡Quiero saber por qué! —chillé.

—Hay preguntas a las que no te puedo contestar.

—Comprendo.

—No huyas.

—O sea, si yo te pregunto por qué te amenazan, tú no me puedes responder.

—Exacto. ¡Te cogeré!

—En cambio, a las preguntas tontas sí me puedes responder.

—A todas las que quieras.

En aquellos momentos le dábamos la vuelta a la mesa camilla.

—¿Me tienes miedo, cariño?

—No es eso.

—¿Entonces...?

—Entonces, si yo te pregunto qué marca de coche tienes, no tendrás inconveniente en responder.

—Claro que no. ¡Ay...!

A punto estuvo de alcanzarme con una de sus bonitas zarpas.

—Bien. Juguemos a las preguntas tontas.

—Yo quiero jugar a otras cosas.

—Dime: ¿qué coche tienes?

—Un «Chrysler».

—¿Y de qué color es?

—Verde. ¡No huyas, maldito!

Vaya si era maldito. Un maldito con mala suerte. Tenía ante mis ojos a una asesina.

—Me estoy cansando, cariño —jadeó ella—. Como no te dejes atrapar...

«Saco mi pistola y te pego dos tiros en el pecho», pensé yo, con ese humor que usted ya me conoce.

Ya sólo me restaba arrancarle la confesión. «Maté a Arthur Connors porque no estaba dispuesta a pagarle los veinticinco mil dólares».

Claro que si era así, ¿por qué le había pedido a su abuela diez mil dólares?

Bueno, tal vez en un principio pensaba pagarle, pero luego.

De pronto me sentí culpable. Sí. Yo y la abuela habíamos tenido la culpa, por no haberle proporcionado el dinero. Ésa era la verdad.

Este pensamiento fue lo que me inmovilizó.

Ella cayó sobre mí como una gata en celo.

—¡Te atrapé! —exclamó, satisfecha, rodeándome con sus brazos, besándome...

Yo seguía inmóvil como una estatua.

—Ya va siendo hora de que te despojes de la ropa —dijo ella, muy mimosa—. Has de ir ligerito como yo.

No repliqué.

—Vamos, hombre.

Me despojé de la chaqueta, sin que yo opusiera nada. La lanzó por los aires, riendo.

—¡Oh! —Se quedó mirando hacia donde había aterrizado mi chaqueta—. ¡Se te ha caído la cartera!

—¿La cartera? —Reaccioné yo, parpadeando.

—¡Voy por ella! —exclamó, como una niña pequeña—. ¡La abriré para conocer tus secretos! ¡A lo mejor me has engañado y eres un hombre casado!

—¡No! —aullé yo.

Pero ella ya había echado a correr. Sólo alcancé una parte de su batín.

Vilma, hábilmente, se desprendió de él, entre risas de burla, y yo me quedé plantado, con el batín en las manos, viendo cómo ella

alcanzaba mi cartera.

La abrió.

En aquellos momentos estuve tentado de estrangularme con el batín.

Ella comenzó por perder la risa, más tarde palideció horriblemente, luego me miró con ojos casi salidos de las órbitas.

Creo que un sinfín de palabrotas se le agolparon en la garganta. Al final, ella fue benigna conmigo y sólo me dijo:

—¡Canalla!

Pero eso sí, al insulto agregó mi cartera, lanzada como un proyectil contra mi cabeza.

La detuve con mis dos manos, que seguían sosteniendo el batín.

—¡Canalla! —repitió otra vez.

Le devolví el batín.

—Así que viajante... Así que natural de Lincoln... Así que nuestro encuentro había sido casual...

Las frases se le atragantaban, mientras se colocaba el batín.

—¡Detective privado de Springfield, con una tarjeta de visita de mi abuela!

Me limité a carraspear.

—¡Ése era el maldito interés que sentías por mí! ¡A punto estuve de creerte!

—Mira, Vilma, yo...

—¡Lárgate de mi vista!

—¡Está bien! —exclamé, dispuesto a afrontar el asunto de cara —. ¡Dejémonos ya de tonterías y hablemos seriamente!

—¡No quiero saber nada de ti! ¡Quiero verte a mil millas de distancia!

—¡Me oirás!

—¡No!

Entonces deslicé la frase cumbre:

—Vas a necesitar a alguien que te ayude, cuando te acusen de asesinato, Vilma.

Ahora comenzaba lo bueno.

CAPÍTULO X

Ella se quedó petrificada.

Yo sonreí.

—Le pegaste dos hermosos tiros a Arthur Connors, querida.

—¿Qué..., qué...?

—Yo te vi salir de su quinta. Cuando yo llegaba allí, tú huías en tu «Chrysler» verde.

—Robert..., yo...

Parecía haber perdido todo su empuje. Avanzó lentamente hacia una de las butacas, y se dejó caer a plomo en ella. Se llevó las dos manos a la cabeza, y ocultó su rostro.

—Será mejor que me lo cuentes todo, Vilma —dije, acercándome a ella—. Esta tarde localicé al matón Buddy, el que me golpeó la noche pasada. Trabaja para el dueño de un casino, un tal John Kildare.

—No le conozco —murmuró.

—Me enteré de algunas cosas —seguí diciendo, no discutiendo ese punto—. Arthur Connors era un jugador empedernido. Un vicioso del juego.

—Eso ya lo sabía. No es nuevo para mí.

—Sí, claro, tú le conociste mejor que yo. Pues bien: últimamente había tenido graves pérdidas. Le adeudaba a Kildare veinticinco mil dólares.

—¡Oh! —exclamó sorprendida.

—¿Eso no lo sabías?

—No.

—Bueno, también es lógico. Hace tiempo que rompisteis. Pero sigamos adelante... Connors le dijo a Kildare que no tenía ese dinero, pero que había una persona que se lo debía y se lo podía

proporcionar: tú.

—¡Mentira! —exclamó, quitándose las manos del rostro y mirándome.

Déjame terminar. Kildare, como deseaba su dinero, te envió uno de sus matones para hacerte entrar en razón. Vamos, para que le pagaras a Connors, y así éste le pudiera pagar a él.

—¡Arthur era un cerdo!

—Ya. Por eso te presentaste en su casa y le pegaste dos tiros.

—¡Eso no es cierto!

—No hace falta que mientas, encanto. Yo soy de confianza.

—¡Eres un odioso cretino!

—Mira, Vilma. Del casino de Kildare fui a la quinta de Connors. En el momento de llegar, un «Chrysler» verde arrancaba. Alcancé a ver tu pelo rojo. ¡Era tu coche, y tú lo conducías!

—¡Yo no le maté, Robert!

—Eso dicen todos los criminales, querida.

—¡Es la verdad! ¡Lo juro!

—Hoy día los juramentos no valen ni una colilla. Y si son sobre la Biblia, ni un cigarro.

—¡No fui yo!

—Fuiste tú, Vilma, porque tú —dije implacablemente—, además de haber estado allí, tenías unas poderosas razones: veinticinco mil dólares.

—¡No! ¡No!

—Vamos, querida, confía en mí.

—¡No lo hice, Robert, no lo hice!

—¿Dónde está la pistola, Vilma?

—Yo no tengo ninguna.

—Registraré tu apartamento.

—No encontrarás nada.

—Hum.

—Hazlo, hazlo. Eso te demostrará que soy inocente.

—¿No pensarás que yo me chupo el dedo? Te desprendiste de ella por el camino, ¿verdad?

—¡Te repito que nunca tuve una pistola! ¡No sé manejar un arma de fuego!

—Oh, vamos, Vilma —me mesé los cabellos, un poco fatigado—. No hagas las cosas difíciles.

—Estás equivocado, Robert.

—Ya sé que no soy un gran detective privado, cariño, pero este caso es la mar de sencillo. Y de verdad que siento que todo haya terminado así.

No sé cómo se lo explicaré a tu abuela.

—¡Ella debía haberme enviado el dinero antes!

Claro. Ya lo pensé. Así no te hubieras visto en la necesidad de matarle.

—No es por eso.

—En el fondo, yo también soy culpable. Yo llevaba los diez mil dólares encima, y de hecho los sigo llevando, pero quise esperar a saber de qué iba exactamente el asunto. No podía imaginar que fuera a terminar tan trágicamente.

—De nuevo estás equivocado, Robert.

—¿Ah, sí?

—Sí. Decía que mi abuela tenía que haberme enviado el dinero antes... «Porque así no hubiera tenido que ir precisamente esta noche a casa de Arthur».

—Y verte en la obligación de matarle.

—No, Robert.

—Sí, Robert.

—¡No! —chilló casi como una loca, mirándome con ojos desencajados.

—Está bien —dije—. Calmémonos.

—Me estás sacando de quicio.

—Te escucho.

—Por si aún no lo has captado, detective sabelotodo, te lo diré más claro: *¡yo no le maté!*

—¿Ah, no? —ironicé.

—Cuando llegué allí, ya estaba muerto. *¡Ya estaba muerto!*

—Vaya, vaya.

—¡Has de creermelo!

—¿Y a qué fuiste allí?

—Sólo a pedirle un poco de paciencia. Estaba asustada por lo ocurrido la noche anterior. Pensaba decirle que aún no había recibido el dinero de mi abuela. Y quería rogarle que no me enviara matones, que no hacía falta, porque yo pensaba pagarle.

—Y estaba muerto —suspiré.

—¡Sí, estaba muerto! ¡Y salí de allí corriendo, atemorizada! ¡Ni cerré las puertas!

—¿Y cómo entraste?

—Aún guardo las llaves de su quinta, de cuando él y yo...

—Ajajá.

—Llegué allí, llamé y nadie me abrió. Pensé que no estaba. Para no esperarle en la calle, decidí recurrir a las llaves y entrar.

Muy bonito.

—¡Tienes que creerme!

—Pongamos que yo te creyera, cariño. Pero ¿y la policía? Enseguida descubrirán el fiambre, a no más tardar mañana, comenzarán las investigaciones, tú merecerás atención especial por haber sido su novia en un tiempo no muy lejano, poco tardarán en descubrir las debilidades del muerto y llegarán al casino de Kildare, sabrán entonces de la deuda, sabrán de ti... N —¡No pueden acusarme de algo que no he hecho!

—¡Lo tienes todo en contra, nena!

—¡No puede ser!

—Sé razonable y reconócelo. Tu única salida es presentarte en el casino y cargarte de una sentada a Kildare y a sus asesinos. Así no le hablarán a la policía cuando les llegue el turno.

—¡Estás loco!

—¡Tú me estás volviendo loco!

—¡Al diablo!

Hicimos un descanso. La conversación estaba siendo agotadora.

Quise mostrarme amable:

—¿Seguro que no lo hiciste?

—¡Te lo juro, Robert! ¡Sólo fui allí a pedirle más tiempo! ¡Y estaba muerto!

Me humedecí los labios con la lengua. La miré fijamente. Me dio lástima.

Pensé en todo aquel embrollo lo más detenidamente que pude. Yo de verdad que quería creerla, palabra, pero se me hacía casi imposible.

—Y entonces, ¿quién le mató? —pregunté al fin.

—¡Yo qué sé!

—¿No te das cuenta de que no hay más sospechosos? ¡Tú tenías motivos, y encima estuviste allí, en el lugar del crimen, a esa hora!

—¡Yo no lo hice! —se exasperó.

—Está bien —lo acepté de momento—. Hablemos de otra cosa también importante y que tal vez nos proporcione alguna nueva pista...

¿Por qué le debías ese dinero?

—Yo no le debía dinero.

—¿Entonces...?

—Era un chantaje.

Por fin ya había salido. ¡Vaya con Connors! ¡Chantajeaba a su antigua novia!

—¿Por qué?

Eso..., eso...

—No dudes y cuéntamelo todo. Dame oportunidades para que yo te crea. Si realmente eres inocente, cuanto antes preparemos tu defensa, mejor.

—Es que...

—Habla, Vilma. No te calles nada. Tu abuela me contrató para ayudarte. Lo haré hasta el final, palabra. Seas inocente o culpable. Ahora estás metida en un serio compromiso. Vas a necesitarme. Sobre todo a partir de mañana, cuando la policía empiece a husmear.

—Oh, Robert, es que..., es que es..., es algo vergonzoso...

—Adelante con la historia, Vilma. Yo estoy curado de espantos.

—Ocurrió hace... algunos meses, cuando Arthur y yo aún nos entendíamos. Celebramos en los estudios, todo el equipo, la puesta en pantalla del programa número veinticinco del concurso «¿Quién es el criminal?». Luego Arthur propuso seguir su fiesta en su casa, y del resto del equipo sólo se unieron a nosotros, dos más. Fuimos a su quinta. Allí seguimos bebiendo. Arthur sacó cigarrillos de marihuana y fumamos. Bueno, pues ya te puedes imaginar...

—Dilo.

—Esto..., pues..., los cuatro terminamos juntos... en la cama. Estábamos borrachos y drogados. Fue algo que ni siquiera puedo recordar claramente.

—¿Y...?

—Los cuatro nos lo tomamos como un suceso más de nuestras vidas. No nos traumatizamos por ello, si es lo que piensas. De todas formas, a partir de entonces las relaciones entre Arthur y yo fueron

a peor, y terminamos rompiendo. Seguimos viéndonos y tratándonos en el trabajo, desde luego. Todo fue normal hasta..., hasta hace dos semanas.

—¿Qué ocurrió?

—Arthur me rogó que fuera a su quinta.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que le hacían falta veinticinco mil dólares. Y que se los iba a proporcionar yo.

—¡Qué tipo!

—Yo le contesté que estaba muy equivocado. Entonces él se rió, y me señaló su proyector de cine, que allí mismo estaba montado. Primero me enseñó unas cintas en las que nos veíamos los dos... Me explicó, el muy cerdo, que tenía colocada una cámara oculta en su dormitorio. No le dio mucha importancia a estas cintas porque eran escenas lógicas entre dos personas que se querían. Me dijo cínicamente que esas cintas no podrían hacerme mucho daño, pero que la siguiente...

—La siguiente, ¿qué?

—Fue horroroso. Vi lo que realmente ocurrió aquella noche casi olvidada. Era como una de esas atroces películas porno. El reía mucho, y yo estaba pálida como una muerta. Durante un buen rato fui incapaz de articular palabra. Él me dijo que aquella cinta sí que podía hacerme mucho daño. A mi carrera profesional y a mi abuela, a quien le produciría, con toda seguridad, un infarto. Volvió entonces a hablarme de los veinticinco mil dólares. Yo le dije que sólo disponía de cinco mil ahorrados y que si vendía el apartamento podría sacar diez mil más. Que eso era todo. El me replicó que ya contaba con que yo no tendría todo el dinero, pero que para eso estaba mi abuela, cuya existencia conocía porque yo le había hablado de ella durante nuestras relaciones. Y eso fue lo que hice: recurrir a mi abuela.

Yo no dije nada por el momento. Pensaba. Había algo que estaba llamando mi atención en mi cerebro, en el área de la memoria, pero no lograba concretarlo. Al final traduje parte de mis pensamientos en palabras:

—¿Y por qué Arthur Connors no recurrió también a los otros dos protagonistas de la cinta para reunir los veinticinco mil dólares? Porque desde luego no lo hizo, ya que a ti te pidió toda la cantidad

que debía.

—Sí, él me lo explicó, como un comentario de pasada. Me dijo que los otros no eran nadie en el mundillo televisivo. Pero que a lo mejor, con el tiempo, si adquirirían fama, también les llegaría la hora. ¡Era un perfecto cerdo!

—Eso parece.

—Robert, yo no le maté —insistió ella.

—¿Y quiénes eran los dos acompañantes vuestros? —pregunté, siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Aún no me lo has dicho.

—No creo que haga falta...

—¡Dímelo! —exigí.

—Eran... Sam Wayne, el ayudante de Arthur...

—El pseudotímido, ¿eh?

—Y Deborah Lindsay, la azafata del concurso.

—La niña *sexy*.

—Oh, Robert, tienes que creerme.

—Una bonita pareja... —comenté cerrando los ojos, tratando de encontrar lo que sabía estaba en mi cerebro y que tenía relación con lo que estábamos hablando.

—¿Qué piensas? —me preguntó ella.

—¡El proyector! —exclamé de pronto.

—¿Qué?

—¡El proyector estaba instalado!

—Te refieres a...

—A esta noche, sí.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Arthur Connors estaba muerto junto a la mesa sobre la que descansaba, listo para actuar... «o haber actuado», el proyector. Enfrente estaba la pantalla, una de esas pantallas móviles que sólo se instalan cuando se va a proyectar algo...

—Sí, es verdad. Ahora que lo dices, a mí también me llamó la atención. Incluso miré por si tenía «mi» cinta colocada. Pero no había ninguna cinta.

—Un poco extraño, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que hay una posibilidad, Vilma —agregué.

—¿Cuál? —preguntó esperanzada.

—Escucha esto que se me ha ocurrido... Tal vez Arthur Connors,

al ver que tú no respondías a su chantaje, decidió probar suerte con los otros.

—¿Con Sam y Deborah?

—Sí.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Él me dijo...

—Ya sé lo que te dijo, pero pudo cambiar de parecer, ¿no?

—¿Sam? ¿Deborah? No, no lo creo.

—Entonces, ¡tú!

—¡Yo, no!

—Muy bien, querida. Si tú no, hay que sospechar de otras personas. Mira, Vilma, hazte a la idea de que estás en el final de uno de tus populares concursos, y que hay que hacer la pregunta de rigor: «¿Quién es el criminal?».

Ella se mordió el labio inferior, preocupada.

—Posiblemente, lo intentara con los dos —continuó diciendo—. O con uno de los dos. Veamos... Sam Wayne es un chico que está empezando, y que no debe tener mucha pasta, ¿verdad?

—Creo que no. Y Deborah tampoco.

—Ahí discrepo.

—¿Por qué?

—Cuando me la presentaste, me dijiste que última mente le están lloviendo contratos cinematográficos.

—Sí.

—Esa cinta podría hacerle daño, ¿no?

—Sí...

—No debe ser la clase de propaganda que necesita una joven para alcanzar el estrellato, ¿verdad?

—No...

—Una cosa es salir desnuda en las páginas centrales del *Playboy*, y otra muy distinta fornicando indiscriminadamente, ¿no?

—Tienes razón.

—Entonces, Arthur Connors la llama a su casa, le proyecta la cinta, le pide veinticinco mil dólares, que puede tenerlos como adelanto de algún contrato firmado, ella se niega, discuten, y él sólo consigue ganarse dos balazos en el corazón.

—¡Oh, no!

—Sí, nena; suena bastante lógico. Creo que voy a ir a comprobarlo.

Cogí mi chaqueta del suelo y me la coloqué. Guardé en ella mi cartera.

—Dame su dirección —le pedí—. Cuanto antes se aclare esto, mejor.

Me dio la dirección de la niña *sexy*.

—Creo que andas equivocado, Robert —agregó.

—Oh, deja ya de llamarme veladamente tonto.

—Es que pudo matarlo cualquiera. Alguien desconocido para ti y para mí.

—Tengo que comprobar mi corazonada —insistí, tozudo.

—Como quieras.

Yo me acerqué a ella, apoyé mis manos sobre los brazos de la butaca y me incliné. Nuestras bocas, ávidas de deseo, se encontraron.

—Sólo pretendo ayudarte, querida —le dije, después del beso.

—Gracias, Robert.

—Hasta luego, cariño.

—Ten cuidado, Robert.

—Lo tendré.

—Entretanto, me ducharé y prepararé una succulenta cena.

—Y no te pongas mucha ropa —le guiñé un ojo.

CAPÍTULO XI

Deborah Lindsay vivía cerca del Calumet Lake, en la 127th Street.

Ocupaba el apartamento 4C del edificio Carlson. El conserje ya se había largado a descansar, así que tute que recurrir al portero electrónico.

Nadie me contestó.

Volví a llamar.

De nuevo silencio.

Me quedé un rato pensativo.

Al final me dejé llevar por una de mis negras corazonadas, y decidí apretar otro botón. La voz de una señora me llegó por el altavoz:

—¡Diga!

—Sanidad Pública —dije la mar de convencido—. Haga el favor.

Hizo el favor, por supuesto.

Tomé el ascensor.

Ya en el piso cuarto, busqué la puerta rotulada con la letra C.

Los apartamentos del lado izquierdo tenían las letras en minúsculas, los de la derecha en mayúsculas.

Ante la puerta c me detuve. Apreté el botón. Sonó un original carillón.

Nadie salió a abrir.

Entonces tuve que recurrir a mi ganzúa.

Creo que todavía no he tenido ocasión de hablarle de ella.

Es muy poca cosa, pero eso sí, es muy útil. Se trata de un alambrito que en numerosas ocasiones me ha servido para allanar moradas.

Una vez más, me sacó del apuro.

Entré en el apartamento. Cerré la puerta, haciendo el mínimo

ruido.

Había luz en el recibidor y también en el pasillo.

Avancé hacia el *living*.

En la misma puerta de entrada, mis fosas nasales delataron el olor a pólvora.

Y no me sorprendí de lo que vi.

Deborah Lindsay era un bombón de niña, ya se lo he dicho anteriormente. Ahora, muerta como estaba, no había perdido nada de su belleza.

Se encontraba tumbada sobre la alfombra, boca arriba, con su melena negra como almohada y su falda de colorines subida más de lo normal. Sus largas y esbeltas piernas eran todavía una gran tentación.

El asesino le había metido dos balazos en el corazón y se había quedado la mar de ancho.

Ella ya nunca llegaría a las pantallas de cine, ni podría repetir en las entrevistas sus adjetivos favoritos: «maravilloso, fenomenal».

Me dije que era una pena que a todos los actores y actrices no les ocurriera esto, a la hora de hablar.

A veces mi humor es demasiado negro, lo reconozco.

Miré a mi alrededor, observando cada cosa de aquella pieza.

Nada llamó mi atención. No había señales de pelea. Ni vasos, ni cigarrillos, ni tampoco el último mensaje de la muerta escrito con su propia sangre en el suelo. Desde luego, yo era un detective con mala suerte. Por eso ni siquiera llevo lupa en el bolsillo; sé que no voy a encontrar ni una maldita huella.

Llegué a la triste conclusión de que no tenía nada que hacer allí.

Di media vuelta y salí del apartamento, después de limpiar cuidadosamente el pomo de la puerta, por si las moscas.

Una cosa es no encontrar huellas, y otra muy distinta dejarlas.

Cuando alcancé la calle, me metí en la primera cabina telefónica que vi.

De mi cartera saqué la tarjeta de visita de la abuela Leona, donde iban escritos la dirección de Vilma y su número telefónico.

Introduje por la ranura del aparato unas monedas, descolgué y marqué.

—¿Sí? —Oí la voz de ella.

—Vilma, soy yo.

—¿Qué hay, Robert?

—Nada nuevo —decidí no asustarla—. Deborah Lindsay no estaba en casa —en cierto modo era verdad; ella había dejado de existir, y sólo había quedado aquello con lo cual se había paseado por este perro mundo—. Oye, nena, dame la dirección de Sam Wayne. Ya que estoy en la calle, voy a aprovechar para visitarle. Tal vez él sepa algo.

—Sí, sí.

Me dio a continuación la dirección del ayudante del realizador asesinado.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le pregunté, tras tomar nota mental.

—Voy a ducharme, mientras se hace la cena. Luego me maquillaré un poco para estar más guapa.

—Estupendo. Hasta luego, encanto.

—Te espero, Robert.

Colgué.

CAPÍTULO XII

Sam Wayne vivía también en otro bloque de apartamentos, pero éste mucho más modesto que el anterior y que el de Vilma.

Se encontraba en la Dr. Martin Luther King Street, que es una de las pocas calles de los Estados Unidos dedicada a un negro, a la altura de su cruce con la 94th Street, junto a la Chicago State University.

El edificio tenía también portero electrónico, pero aquí la categoría del lugar no había alcanzado para micrófono.

Pulsé el botón que había junto a la plaquita rotulada con el nombre de Sam Wayne.

Esperé medio minuto.

Volví a llamar.

Transcurrió otro medio minuto.

¿Le he hablado ya de mis negras corazonadas? Sí, hace muy poco.

Pues bien: otra negra, negrísima corazonada volvió a asaltarme.

Pulsé otro botón.

Me abrieron.

Tomé el ascensor, de la época en que Al Capone hacía furor en la ciudad, y no me detuve en el segundo piso, donde el amable vecino que me había abierto estaría esperando eternamente.

Pero es que servidor no tenía ganas de que luego le soltaran a la policía la bella descripción de uno. Porque yo ya me imaginaba lo que iba a encontrar.

Llegué al sexto piso.

Puerta D.

Aquí no había tampoco letras minúsculas.

Mi bendita ganzúa actuó de nuevo.

En esta ocasión no tuve que dar muchos pasos.

El dueño, muy gentilmente, me esperaba en el recibidor.

Sam Wayne, a sus veintidós rutilantes años, había conseguido lo que todo ser humano, en el fondo remoto de su subconsciente, está esperando siempre: convertirse en un fiambre.

El joven ayudante de realización lo había conseguido por obra y gracia de una pistola, posiblemente con silenciador. Bueno, con toda seguridad, porque si no hubiera atronado a todos los vecinos.

La luz del pasillo exterior fue suficiente para observar que llevaba la marca de la casa: dos tiros en el corazón.

El asesino era amable con sus víctimas. No las hacía sufrir.

No quise perder más tiempo.

Adiviné que tampoco allí iba a encontrar ninguna pista.

Ahora veía bastante claro.

Había suelto en Chicago un loco criminal.

Y yo, el gran genio, tenía la clave de los asesinatos: ¡la cinta de cine de Arthur Connors!

Por tanto, el siguiente paso era Vilma.

Eso me puso rápidamente en movimiento.

¡Vilma estaba en peligro!

Cuando, ya en la calle, me introduje en una cabina telefónica, sudaba a chorros.

El teléfono sonó y sonó, pero yo no colgué. ¡Tenía que contestar!

¡Tenía que estar viva!

Al cabo de dos minutos descolgaron.

—¡Vilma! —exclamé, aliviado.

—Buenas noches, Robert —me dijo con tirantez.

—¿Por qué tardaste tanto en cogerlo?

—Oh, lo siento, Robert. No puedo salir a acompañarte a tomar una copa.

Yo fruncí el ceño.

—¿No estás sola? —pregunté con un hilo de voz.

—No creo que mañana nos podamos ver. Tengo mucho trabajo.

Eso quería decir *no*. ¿Le he dicho ya que Vilma Loy es una chica inteligente, todo lo contrario del ceporro que le escribe?

—¿Está contigo el asesino?

—Sí que te tengo simpatía, Robert.

Eso quería decir *sí*.

—¿Te está amenazando con una pistola?

—Sí, ya saldré contigo otro día. Te lo prometo, Robert.

Eso también quería decir *sí*.

—¿Por qué no te ha matado ya? —se lo pregunté así, a lo bruto, porque la pregunta me quemaba en la lengua. Con los otros no parecía haberse entretenido.

—Ja, ja, ja. Qué gracioso y pillo eres, Robert. Ya sé que estás deseando hacerme el amor. Pero has de tener paciencia. Nos hemos de conocer mejor.

Eso quería decir que *antes se la iba a trincar*.

—¿Dónde estáis? —pregunté ansiosamente, pensando aún en la posibilidad de llegar a tiempo.

—De verdad que no puedo salir, Robert. No insistas. Ya me encuentro en la cama. Ni siquiera he tenido que saltar de ella porque tengo un supletorio en la mesita de noche.

Eso quería decir que *estaban en el dormitorio*.

—¡Voy para allá enseguida, querida! —chillé, excitad—. ¡Entretenle todo lo que puedas!

—Adiós, Robert. Buenas noches.

—¡Confía en mí!

Y colgué.

Usted se dirá: ¿y por qué no le ha preguntado el nombre del asesino?

La pregunta era inadecuada, porque ¿cómo iba a decírmelo delante de él?

Pero dejémonos de pequeñeces.

¿Usted, amigo, conoce la frasecita esa «corre que se las pela»?

Bueno, yo la elevé al cubo.

Atemoricé con mi «Pontiac» las calles de Chicago. Recibí insultos para dar y vender. Más de un urbano me multó, tomando el número de matrícula. No atropellé a nadie por puro milagro.

Aparqué en doble fila en la calle de Vilma porque no quería perder tiempo con el aparcamiento.

Llamé a un vecino y éste me abrió al momento, nada más me oyó gritar que aquello era una emergencia, y que hiciera el favor de llamar a la policía.

Qué imbécil había sido al largarme del apartamento de Vilma y dejarla sola, pensaba mientras subía en el ascensor. Buscaba a un

asesino que hubiera encontrado cómodamente sentado en la butaca del *living* de Vilma, sin tener que dar un paso.

Le he dicho ya que soy un ceporro, ¿verdad?

Llegué a la puerta de Vilma.

Hice uso de mi ganzúa. ¡Cómo estaba trabajando aquella noche!

Sabía que estaban en el dormitorio. Vilma se había comportado con mucha serenidad por el teléfono, y yo la había entendido perfectamente. El tipo aquél pensaba trincarla antes de apiolarla. ¿Por qué a ella y no a Deborah? ¿Quién sería?

Y lo más importante: ¿llegaba a tiempo?

Avancé sigilosamente hasta la sala de estar. Allí se encontraba la puerta que daba al dormitorio.

Estaba ligeramente entreabierta.

Noté cómo mi corazón se encabritaba, saltando como un loco entre mis costillas.

Con mi pistola ya empuñada, me acerqué a la puerta, lleno de angustia.

Sólo ansiaba oírles hablar. Sólo ansiaba saber que Vilma continuaba viva.

—Muy bien, querida Vilma —le oí decir al asesino, a quien aún no reconocí por su voz—. Me alegra que acabaras de ducharte cuando yo llegué... y que ahora hayas tenido el detalle de maquillarte para mí. Así estarás más guapa cuando estés muerta.

CAPÍTULO XIII

Pegué mi rostro perlado de sudor al pequeño hueco que dejaba la entreabierta puerta. Era suficiente para que uno de mis ojos viera.

La vi a ella, Vilma, sentada desnuda frente al espejo de su tocador.

De él, del asesino, ni rastro. Calculé que debía encontrarse a mi izquierda, tapado por la puerta.

—Pero antes, querida Vilma —dijo él—, vas a cumplir con mi secreto deseo. Vamos, adopta tu postura favorita, esa que tanto frecuentabas en la cinta, ¡perra!

Vilma se levantó muy despacio de la silla. La vi terriblemente asustada. Debía estar pensando que yo no aparecía por ningún lado.

Dio la media vuelta justo hacia su izquierda, hacia donde me encontraba yo, y durante un instante quedamos en diagonal. Creo que observó que la franja vertical de luz del *living* que debía estar entre el marco y la puerta, ¡estaba ocupada!

¡Ocupada por mí!

Mucho más me convencí de ello cuando la vi obedecer con sumisión.

Se puso de rodillas en el suelo, apoyando sus manos en la silla y mostrando sus redondas nalgas hacia mí.

Presentí lo que iba a suceder.

Una sombra cruzó mi área de visión, y más tarde la figura de un hombre, empuñando una pistola.

A pesar de estar de espaldas, le reconocí al instante.

¡Vaya sorpresa!

Se colocó justo detrás de ella, tapándomela y continuando de espaldas a mí.

¡Mira que era lista Vilma!

Entonces fui abriendo poco a poco la puerta, rogando porque no hiciera ruido alguno, hasta que cupe por el hueco.

No podía disparar sobre el asesino porque él la seguía apuntando con una mano.

Avancé con sumo cuidado, con los nervios en tensión. Casi no respiraba.

El asesino soltó una risita y fue a arrodillarse.

No llegó a hacerlo porque mi sombra le advirtió de una presencia extraña.

¿No le he dicho ya que soy un detective ceporro y con mala suerte? ¡No había pensado en la sombra que todo ser proyecta!

—¡Maldición! —exclamó, revolviéndose, con la pistola por delante.

Entonces sí que le disparé.

Ya he confesado que soy alérgico a matar. Por ello le tiré al hombro derecho y, como donde pongo el ojo pongo la bala, allí le di.

El asesino giró como una peonza al impacto del plomo y tropezó contra el tocador, ya con el brazo armado inutilizado.

A Vilma la vi alejarse gateando por el suelo.

El asesino fue a tomar con la otra mano su pistola, provista de tubo silenciador, pero yo en dos zancadas me planté ante él.

Le apunté a los sesos.

—¡Hágalo! —le dije, con los dientes apretados—. ¡Hágalo, y entonces sí le llamarán con razón Mil Ojos!

Lew Rooney, el jefe de cámaras, dejó caer blandamente su pistola.

EPÍLOGO

Atrás quedaban los de la Brigada de Homicidios, los primeros interrogatorios, los enfermeros y todo lo demás. Al día siguiente, por la mañana, seguiría la cosa en el mismo Pólice Department. Allí tendríamos que acudir Vilma y yo para firmar nuestras declaraciones.

Oh, perdón no le he contado el porqué.

¿Se estaba ya mordiendo las uñas, hermano?

No es para tanto, hombre. La historia es muy sencilla.

Lew Rooney era un tipo introvertido, enamorado secretamente de Vilma Loy, hasta tal punto que la había idealizado. Aquella tarde había estado en casa de Arthur Connors para un cambio de impresiones acerca del trabajo y, ayudado por unos *whiskys* y dado que sabía que el realizador televisivo había sido anteriormente novio de ella, le empezó a hablar de su secreto amor, de las virtudes que veía en ella y de otras muchas más cosas por el estilo.

Para él, Vilma Loy era algo así como la imagen de la belleza y pureza perfectas.

Arthur Connors, que era un tipo de maneras bruscas y nada dado a la delicadeza, sacó al retraído jefe de cámaras de su error en un periquete y, para ello, al muy bestia, no se le ocurrió mejor manera que mostrarle la cinta de marras.

Es malo romper de golpe, de un feroz mazazo, los sueños queridos, adorados y amados durante largo tiempo. Y Arthur Connors no pudo arrepentirse de su mala pata.

Lo peor fue que provocó otros dos crímenes innecesarios.

Pero volvamos al caso.

La visión de la película fue para Lew Rooney un tremendo *shock*, algo que rompió en mil pedazos, salvajemente, el ideal que había

tejido día a día. Fue a su coche, tomó la pistola con silenciador que allí llevaba y regresó a la quinta, pegándole dos tiros en el corazón a Arthur Connors y llevándose la cinta consigo.

La verdad es que, a partir de entonces, se volvió loco.

En su mente comenzaron a atormentarle fatalmente las imágenes que había visto. Se desquició y decidió convertirse en algo así como un vengador de la pureza. Liquidó a Sam Wayne y a Deborah Lindsay. Y en un tris estuvo de hacer lo mismo con Vilma.

A su adorada Vilma, ídolo roto por la torpeza de Arthur Connors, cuyos pedazos le habían caído pesadamente encima, acogotándole, sin dejarle fuerzas para desprenderse de ellos; a su adorada Vilma, decía, la dejó para el final.

Y antes de matarla le contó todo cuanto llevaba dentro, todo su mundo de secretas pasiones y dolorosas frustraciones, y después de que ella perdiera algún tiempo maquillándose para dármele a mí, decidió cumplir con su máximo deseo. Ahí fue cuando intervine yo.

Y poco más, amigo. La cinta de marras por supuesto que la encontramos en un bolsillo de la chaqueta del asesino... y por supuesto que la quemamos antes de que viniera la policía.

Creo que no me dejó ya nada en el tintero. Si tiene alguna duda, escríbame.

Como decía antes, atrás quedaba todo el follón.

Eran las dos de la madrugada.

Yo me acordé entonces de la viejecita. Había quedado en telefonarle todas las noches.

Alcancé el supletorio que había encima de la mesita de noche con una mano, y lo traje a la cama. Marqué el número que un pajarito me sopló.

Enseguida descolgaron al otro lado del hilo telefónico. Me imaginé a la abuela de Vilma medio amodorrada en un sillón, junto al teléfono.

—¿Señora Leona Silverstein? —dije.

—¿Dónde estaba usted metido, señor Malcolm? —Me lanzó su vocecita de ultratumba, sin recordar que la educación de las personas de su categoría manda dallas buenas noches antes que nada—. Buenas noches, señora Silverstein —se lo recordé.

—Buenas noches, señor Malcolm —me correspondió.

—Así está mejor.

—¿Decía usted...?

—Decía que he tenido una noche muy movida, señora Silverstein. Y lamentablemente, no he tenido tiempo de telefonearle hasta ahora.

—Estaba temiendo lo peor.

—Conmigo no hay que preocuparse. Aunque sea con dos piernas rotas, manco y tuerto, siempre salgo bien de mis asuntos.

—Pero, desde luego, podía haber tenido más consideración con esta pobre anciana. ¿Usted cree que hay derecho que una mujer de setenta años —al menos se quitó una docena, la muy ladina— esté levantada e intranquila a las dos de la madrugada?

—Lo siento, señora Silverstein, lo siento. Sé que soy un perfecto canalla.

—Que querrá su dinerito.

—¡Por supuesto! —exclamé—. ¡Bien ganado que lo tengo!

—¿Seguro?

—: ¡Seguro, qué diablos! Bueno, vayamos al grano, no ocurra que se quede tiesa en el teléfono.

—Es usted un maleducado.

—Perdone la irreverencia.

—Y hábleme ya de las novedades.

—Es que usted no me deja. Verá... Su asunto está ya resuelto.

Finito...

Su nieta está sana y salva, y encima no ha tenido que pagar un centavo.

—¡Oh, gracias al cielo!

Yo compuse una mueca.

—¿Y para qué quería el dinero?

Como usted supondrá, amigo, yo estaba esperando esa pregunta.

—Es muy sencillo. Resulta que a su nieta la habían embaucado los miembros de una de esas sectas religiosas que tanto pululan por este país. Creo que se llaman Los Últimos del Santo Día. Pensaban ordeñarle diez mil dólares, si me permite la expresión. Y ella, temerosa de que usted no se los diera para eso, la engañó con lo del apartamento. ¿Clarito?

—Sí, sí.

—Ya le ampliaré más detalles cuando nos veamos en Springfield. Vaya preparando el dinero.

—¡Oh, es usted formidable, señor Malcolm! ¡Le recomendaré a mis amistades! ¡Oh, cuánto me alegro que haya llegado hasta el final!

Soltando un bufido, colgué.

Vilma Loy, bajo mí, suspiró de placer.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.